

JAMIES O. CURWOOD

El ángel de Peribonka



Lectulandia

Peribonka es una pintoresca pequeña aldea franco-canadiense en Quebec. Los niños han llegado a creer que fue un milagro el que envió a la Dama Lisiada a través de las puertas de la muerte y luego la trajo de vuelta otra vez, para que ella pueda permanecer con ellos siempre.

Un libro tan hermoso, una magnífica historia de amor contada por el talentoso Curwood, que está cerca de ser olvidado también. Cuando pensamos que este libro nunca se ha vuelto a publicar, no podemos evitar pensar que es vergonzoso dejar que esas obras maestras caigan en el olvido, y que no es para la gloria del humano que prefiere el lado mercantil a la verdadera calidad de las cosas.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El ángel de Peribonka

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2018

Título original: *The crippled lady of Peribonka*
James Oliver Curwood, 1929
Traducción: Editorial Juventud
Diseño portadilla V Aniversario: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



5^o Aniversario



Proyecto Scriptorium
Edición conmemorativa

Capítulo I

Una lección de Geografía

ESTA historia va a empezar con una lección de Geografía. Y esto porque, mayormente, es una narración de hechos reales de vidas humanas. La historia, ya sea de personas, ya de cosas, se basa necesariamente en ciertos aspectos de situación que encerramos en los términos de longitud y latitud. La siguiente narración perdería todo su real dramatismo si se ignorasen los puntos de la brújula y la manera con que el Destino juega con ellos para llegar a una inusitada combinación de objetivos.

Empezaremos con Peribonka. Peribonka es una curiosa aldea francocanadiense que anida en las orillas del glorioso río Peribonka, cuatro millas más arriba del lago San Juan, en la provincia de Quebec. En conjunto está formada por una hilera de treinta o cuarenta casas, todas ellas de cara al río. Quien se aventurara un poco más lejos, hacia el desierto, después de haber efectuado la travesía maravillosa del Sanguenay, desde Quebec hasta la bahía Ha-Ha o Chicoutimi, y llegase a conocer por sí mismo Peribonka, comprendería por qué las casas están situadas sin vecinos ni obstáculos entre ellas y el río. Pues el río es algo vivo, que alienta, don de Dios para los de habla francesa de aquel lugar, en cuyas vidas soñolientas consérvase todavía, como un velo de encaje suavemente perfumado de espliego, la pintoresca simplicidad de sus tatarabuelos de ciento cincuenta años atrás. Aunque situado al mismo borde del desierto septentrional, Peribonka es tan antiguo que el espíritu de alguno de los hombres de Roberval vaga por allí, y Roberval subió por el Sanguenay, en tiempos de Cartier.

Contrastando con el rugiente y apasionado Mistassini, quince leguas más lejos, el Peribonka es peculiarmente como los hombres, mujeres y niños que ocupan algunas hectáreas de sus riberas. El río ha dado, yo creo, a esta gente gran parte de su carácter, pues de todos los habitantes de la región, los de Peribonka son los más corteses y amables. Es un río claro, apacible y de un tercio de milla de ancho, pero completamente vadeable, con blanquísimos bancos de arena que cambian y se alteran incesantemente, y están animados por multitud de pájaros desde la primavera hasta el otoño. Se extiende centenares de millas por entre las misteriosas y altamente

desconocidas selvas del norte lejano, a cuyo borde el hacha del leñador apenas ha llegado. Aún en la época de las inundaciones de primavera no es un río temible o amenazador, y en invierno es tan agradablemente suave y está tan bien congelado que los campesinos lo usan para sus horse-and-cutter luces^[1] o bien como camino para llegar a la ciudad.

A pesar de sus grandes dimensiones y de su mucha fuerza, la bondad y dulzura de su naturaleza deben haber hecho a sus habitantes tal como son. Los hombres son veraces, de perfecta moralidad, creen en Dios y tienen también una ingenua fe en los espíritus; son limpios, corteses y hospitalarios. Las mujeres son hermosas, tienen los ojos brillantes y el cutis blanco; no usan afeites ni artificios provocativos. A los niños se les permite desde los siete u ocho años fumar la pipa; pero esta vieja falta queda disimulada por muchas bellas y excelentes cualidades. Estas gentes están siempre de cara al río, por la noche al acostarse y cuando se levantan por la mañana. De cara al río han construido su iglesia, pequeña y pintoresca, y el buen Padre duerme con la ventana de su habitación abierta sobre él. El cementerio local ocupa un área de tierra sagrada, a cien pies del borde del agua. A su entrada se ha construido un venerable monasterio. Hasta el obrero cuando agita su vasija de requesón en la fábrica de queso de la comunidad, puede mirar, sin interrumpir su trabajo, la tranquila, suave y ondulante superficie, salpicada de nevados senos de movedizas arenas, y alegre con las brillantes alas de innumerables pájaros.

Detrás de la alegría del río y circundando la, población, está el campo; primeramente, un reducido cerco de granjas habitadas, algunas muy viejas y otras con postes recién arrancados, tendidos cerca de ellas; más allá; interminables millas de un desierto duro y áspero, que provoca todavía las más fieras luchas con el hombre después de ciento cincuenta años de habitar éste allí... un país con inmensas extensiones de bayas, suficientes para alimentar a todo el mundo; un país repleto de peligros y penalidades, el cual, a diferencia del río, siente el progreso de las fuerzas humanas y retrocede ante ellas pausadamente y de mal grado.

Hasta hace poco, las dos personas más felices del pueblo de Peribonka eran María Chapdelaine y su esposo, Samuel, de los cuales se ocupó el escritor Luis Hémon. Ambos son todavía felices, aunque Samuel está algo taciturno a causa de haber sufrido una pérdida financiera. Durante unos años, Samuel ha dirigido su pequeña tienda, y María su cocina, donde prepara deliciosas comidas para los pocos transeúntes que pasan por allí, y hasta esa época reciente a que me he referido, hay motivo para creer que fue la mujer más feliz de su pequeño mundo.

Ahora vamos a hablar de otra mujer. La llaman la Tullida Señora. Con frecuencia se la ve sentada en la ancha veranda de la típica casita rodeada de un jardín lleno de flores, junto a la iglesia. Hay una carretera que circunda completamente el lago de San Juan y sirve de vía de comunicación entre los pueblos y granjas que existen en su reducido cerco de civilización, y durante la temporada de turismo algunos automóviles atraviesan ocasionalmente Peribonka. Los que en ellos viajan miran

siempre de hito en hito a la Tullida Señora, si acontece estar ella en el umbral. Es una visión agradable que no se puede olvidar fácilmente. Las mujeres hablan de ella, y los hombres se llevan silenciosamente su imagen al corazón. Su belleza, si se contempla un solo instante, casi produce un sobresalto. Su brillante cabello de esclava, espeso y obscuro, está suavemente recogido hacia atrás; la cara, pálidamente blanca como la de una monja, con ojos que no se olvidan; bella, sutil, figura en una gran silla..., y algo más, otra cosa que graba su imagen tan vivida y permanentemente en los sentidos de uno. Tal vez pase algún tiempo antes de que uno se dé cuenta de que lo que ha visto no es sólo belleza, sino felicidad. Sobre todas las demás cosas, esto hace hermosa a la Tullida Señora. Parece envolverla en algo resplandeciente y encantador, que es etéreo. Se ve en sus cabellos lo mismo que en sus ojos, y, cuando se ha oído su voz desaparece el misterio. La Tullida Señora, que no puede andar, que sola no puede permanecer en pie, es feliz, y no ambiciona nada que Dios no le haya dado ya. Su voz os lo dice.

Las gentes de Peribonka aman a esta encantadora forastera que ha sentado su hogar entre ellos. Las mujeres no están celosas de ella. Porque acerca más a los hombres al sentido de pureza y hermosura, y los hace más comprensivos. La iglesia rogó por ella cuando estuvo muy enferma. Ella respeta todas las religiones, con tal que enseñen a amar a Dios; de ahí que hasta el más austero de los monjes, entre los espesos y blancos muros de allá abajo, junto al lago, piensa y habla de ella con ternura. Los niños la veneran, y el grande y ancho porche de su casa ha llegado a ser un santuario para ellos.

En Peribonka los adolescentes llegan a la edad proveya creyendo todavía con gran fe en la existencia de espíritus buenos y malos y en las variadas y frecuentes manifestaciones de un divino influjo y vigilancia. Así los niños han llegado a creer que fue un milagro lo que puso a la Tullida Señora a las puertas de la muerte, y lo que le devolvió felizmente la salud, a fin de que pudiera permanecer siempre con ellos. Aun las madres y los padres creen eso, tan firmemente como creen que es un pecado robar a un vecino o levantarle una calumnia. «Así obra la mano de Dios», había dicho el buen Padre.

Todos ellos conocen su historia. Y esta historia es un poema que vivirá largo tiempo en las regiones cercanas al lago de San Juan. Dudo que muera, aunque el llamado progreso del hombre industrialmente activo introduzca allí sus manos ennegrecidas y lo inunde, junto con la singularidad y belleza y el gozoso acercamiento a Dios de los que viven allá arriba.

Es ésta la historia en que me he propuesto explicaros, con algo de Geografía para empezar...; quién es la Tullida Señora y por qué está allí, cómo ella estuvo a punto de dar valerosamente su vida por el marido de otra mujer y por qué vive hoy tan felizmente en Peribonka.

Capítulo II

Cómo se hizo un corazón

ES raro que un indio nazca en una de las más ricas familias de Nueva York.

Con todo, así sucedió.

Un viajero que se dirija a la ciudad de Brantford (Ontario), hallará a pocas millas de la misma una pequeña iglesia edificada para los indios por el rey Jorge III, y junto a ella un viejo cementerio, en el cual se guardan las cenizas del último de los grandes guerreros y jefes iroqueses. En una tumba de piedra, enmohecida por el musgo y el tiempo, yace Thayendanega, el mayor de todos los Mohawks, y más comúnmente conocido por José Brant. Los lectores de la novela pueden recordar el día en que *Sir William Johnson*, el brazo derecho del Rey de las Colonias, vio por vez primera a la hermana de Thayendanega. Estaba esperando una revista del ejército de su condado, cuando un oficial llegó a galope con una hermosa india que montaba sonriente detrás de él. *Sir William*, cuya esposa había muerto recientemente, fue presa de la visión de unos hermosos ojos oscuros y de unos ondeantes cabellos negros flotando como una nube detrás de una figura de rara gracia y simetría; y en este momento el corazón del solitario y susceptible viudo fue herido tan profundamente que, hallándose al anochecer Molly Brant en el castillo de Johnson, donde se hospedaba, convirtiéndose entonces en su dueña y en el ídolo de su propietario.

La geografía y la historia omiten un período de ciento treinta y cinco años posterior a este suceso, hasta llegar al nacimiento del niño indio en la Quinta Avenida.

Cuando Jaime Kirke se casó con Molly Craddock no se acordó gran cosa del linaje de sangre india que corría por las venas de Molly, excepto de que ésta se sentía siempre secretamente orgullosa de ello. Kirke no era hombre para jactarse de sus antepasados, ni siquiera para pensar en ello, pues desde los comienzos le consumía otra ambición, que era la de convertir los millones heredados en un poder financiero cada día mayor. Llegó a estar tan completamente absorto por esta tarea, que al cabo de pocos años Molly quedó enteramente entregada a cuantos ensueños pudiese tener de su pintoresco y romántico pasado, y al absorbente amor de su joven hijo Pablo.

Ella le contó varias de las bellas y a veces trágicas historias, consignadas en las vidas de sus abuelos, y dos veces llegó con él hasta el viejo, cementerio cerca de Brantford y se sentó junto a la tumba de Thayendanega, tratando de hacerle, ver, tan claramente como ella misma lo veía, los agitados días en que Molly Brant apareció con su flotante cabellera ante *Sir William. Johnson.*

Desde la hora en que Pablo abrió los ojos a la luz de la vida, tuvo alma de indio. Después de ciento treinta y cinco años, la sangre de la hermosa Molly. Brant resurgía en su propia sangre. Nadie lo hubiera adivinado, a juzgar por el aspecto físico del muchacho, pues era más bien blanco que moreno, de ojos azules y cabello rubio. Pero la moderna Molly, que vivía en un palacio, con un Creso por marido, vio lo que se estaba verificando al transcurrir los años. Su hijo era de rostro y talle finos y tenía los pómulos algo pronunciados. Su amor por el aire libre convirtiéndose en una pasión. Era más apacible que los demás niños, y mantenía en un alejamiento al que su padre no prestaba particular atención, pero que ella medía con acertada inteligencia, La madre hizo lo posible para que el niño pasase las vacaciones en el bosque, y cada vez que regresaba advertía que algo había sido arrancado de él y que algo más de otra cosa había sido puesto en su lugar. Trató de interesarle en las empresas de su padre, pero él encontraba que un leñador derribando un árbol era mucho más interesante. Los criados lo encontraban algo extravagante, pero gustaban de su plácida y estoica benevolencia, propia de una edad superior a la suya. La mayoría de muchachos se hubieran holgado en la fastuosa opulencia que le rodeaba. Esto a Pablo le interesaba menos que un árbol en cuyas ramas cantasen los pájaros.

A los trece años le sobrevinieron tres acontecimientos de capital importancia para su porvenir. Primero murió su madre. Jamás sabría nadie la terrible e incurable herida que esto abrió en el corazón de Pablo. Fue Jaime Kirke, el endurecido y ambicioso financiero, quien se afligió profundamente cuando vio que la muerte había tenido suficiente crueldad para cruzarse en su camino. Alguien hubiera creído que se trataba de un hombre enamorado de la mujer que acababa de morir. Su angustia fue como una tempestad, trágica a ratos, y súbitamente terminada. Mientras Pablo dolía por la pérdida, cedió en su violenta porfía de amasar riquezas. Sin embargo, la sombra y el hecho de la muerte le modificaron algún tanto. Se hubiera sentido solo, a no ser por su hijo. Y este hijo suyo, después de unos años de pasajero interés de su parte, llegó a ser el meollo de sus proyectos y ambiciones. Ahora él era rey. Algún día sería rey su hijo. Y era su deseo y decisión que fuese un rey mayor que él mismo. El orgullo encendió su resolución.

Pero aquí el genio geográfico del Destino da caprichosamente un salto. En otra casa de la Quinta Avenida nació una hija del implacable enemigo financiero de Kirke, Enrique Durand. Pocos meses más tarde, a tres mil millas de distancia o más, una inmigrante embarcación partía para América. Llevaba a bordo a un leñador de ojos claros y llenos de esperanzas, procedente de las montañosas regiones de la Europa Central. Con él iban su mujer y su hijita; un insignificante terceto. El mar se los

hubiese tragado y nadie se hubiera preocupado mucho por ellos, pues su aventura no era sino una de las que a millones se producen de este género. La fortuna de la pequeñuela empezaba y acababa con las pocas ropitas que llevaba puestas. La otra niña, un segundo después de nacer, poseía millones. La inmigrante criaturita llegó bajo la estatua de la Libertad el mismo día en que Pablo fue mandado a la escuela.

Pablo iba creciendo, y con igual constancia su padre seguía acumulando fortuna e influencia. A la sazón, Jaime Kirke no habría aceptado la presidencia de los Estados Unidos. Su pasión era despedazar y derribar, luego devorar y edificar... Alguien llegó a llamarle «la Boa», nombre que le cuadraba tanto, que hasta los periódicos lo hubieran usado, si se hubiesen atrevido a ello. Kirke se mantenía siempre dentro de los límites prescritos por las leyes de su país. Absorbía compañías navieras, caminos de hierro, minas de carbón, extensiones de bosques, y enviaba a sus ingenieros a acaparar vastos dominios para la fuerza hidráulica. Desde el punto de vista industrial era un bien de índole común, porque donde derribaba o consumía pequeñas actividades, edificaba otras mayores. Pero moral y éticamente su cerebro estaba animado por un codicioso y ávido deseo de gobernar. No toleraba rivalidades, y esto le llevaba cada año a un más próximo y mortal choque con Enrique Durand, igualmente ávido perseguidor de intereses. La lucha titánica entre estos dos Goliats de actividades financieras e industriales es una parte de la historia de Wall Street. La más interesante narración de Pablo y las dos niñas es conocida sólo de algunos, principalmente en las cercanías del lago San Juan.

Que su padre se casara nuevamente al poco tiempo de la muerte de Molly Kirke y tuviese otro hijo, no le hirió a Pablo; sólo le afligió más profundamente por su madre y aumentó su soledad. Únicamente se sentía del todo a sus anchas en el colegio, pues jamás pudo del todo sujetar su espíritu a los deberes a que tenía que circunscribirse dentro de unos muros de piedra. Pasó así un curso más para terminar los estudios de ingeniero, y después de esto no se sentía feliz sino hallándose al aire libre. Acerca de los negocios, se interesaba únicamente por los maderales de su padre y los proyectos de fuerza hidráulica, porque estaban situados en las selvas. En una palabra, para su padre, Pablo era una calamidad.

Una noche en que se sentía desvelado se le ocurrió a Jaime Kirke la más feliz de sus ideas. Al día siguiente se presentó audazmente y con ánimo amistoso en la oficina de Enrique Durand, y, durante unas horas, los dos colosos discutieron la sugestión de Kirke de juntar los intereses de ambos para convertirlos en una fuerza gigantesca, de incalculables millones. Cuando se despidieron eran amigos. Al poco tiempo se les veía juntos en el Club. Más tarde, la omnipotente Sociedad Kirke-Durand era un hecho. Los antiguos e inexorables enemigos trabajaban mano a mano; sus bienes se multiplicaban. Sus suntuosas viviendas eran teatro de mutuas recepciones. Sus esposas intimaban. Sus hijos se trataban familiarmente.

A los treinta y dos años, Pablo se casó con Clara Durand.

A los treinta y ocho años, el hijo de uno de los hombres más ricos de Nueva York

estaba oficialmente encargado de las inmensas obras de ingeniería del río Mistassini en las selvas septentrionales del lago San Juan, y había estado tres años trabajando allí.

Durante estos tres años había conocido a Carla Haldan.

Estaba pensando en Carla, mientras desde la ventana del despacho de su *bungalow*^[2], situado sobre la colina, miraba los inmensos y potentes trabajos de una obra de ingeniería que estaba costando cincuenta millones de dólares. No sintió alegría, ni siquiera un estremecimiento de orgullo, y velaba sus ojos una leve expresión de sombría tristeza. Todo cuanto veía era para él un interminable y fastidioso abismo, sobre el cual iba cayendo una continua y monótona llovizna. Por todas partes había humo y acero y un lejano rechinar, y millas y millas de pegajosa y viscosa arcilla. Había mil quinientos hombres en la obra, trabajando bajo su dirección, en tres turnos de ocho horas, y ni la obscuridad ni la tormenta los intimidaba. De estas máquinas humanas, seiscientas estaban ahora trabajando entre la humedad y el lodo, y Pablo podía verlos moviéndose y arrastrándose como hormigas en su labor. En su mente, estos obreros no añadían nada a la escena, como no fuese el hacer más horriblemente real un infierno que humeaba y hervía de una parte a otra. Alrededor de ellos, unas locomotoras corrían de acá para allá con sus hileras de vagonetas; máquinas perforadoras, tan grandes como casas, hundían sus fauces hambrientas en la obstinada tierra; máquinas y aparejos rechinaban y aullaban; unos maderajes crujían bajo el peso del acero; unas muelas enormes estaban triturando bloques de roca; amasaderas de cemento vomitaban arroyos de lava de ingeniería...; por todas partes ruido y estruendo, por todas partes la cruel y angustiosa fatiga del hombre, por todas partes la fealdad y la locura de un lugar de tormento.

Pablo estaba pensando esto, fija aún la mente en Carla Haldan. Podía ver las blanquecinas y grisáceas compuertas, y los antepechos con sus muros de cemento y acero, y las monstruosas secciones del gran dique casi terminado, que debía encauzar las aguas septentrionales para la producción de luz y fuerza para veinte millones de personas. Podía ver los estructurados esqueletos de las centrales gigantescas que iban a esparcir sus poderosas corrientes de energía por todo el país. Tres años de esfuerzo humano y unos millones de capital yacían a sus pies. En todo esto había sólo una cosa tolerable y bella para él. Era el borde de las selvas, las verdes y negruzcas y purpúreas lindes del bosque que, como un marco, rodeaban las obras, con sus ondeantes mares de bálsamos y pinos que se extendían hasta los últimos confines.

Su contemplación de la escena del valle fue interrumpida por una voz que resonó en la puerta de su oficina, y Pablo se volvió para saludar a su amigo más íntimo en el campo, Colin Derwent, que era el médico de la Compañía. Aun en días de lluvia, y con los zapatos cubiertos de barro, Derwent manteníase de buen humor. Con su bigotito a la francesa, sus suaves mejillas, su viveza de movimientos y su apreciación de todas las fases de la vida, conservaba las apariencias de un muchacho, no obstante haber ocupado una importante cátedra de medicina en Johns Hopkins.

Saludó a Pablo, se quitó el impermeable, y empezó a llenar su pipa mientras contemplaba las obras.

—Yo quisiera que todos los muchachos del mundo pudiesen estar junto a esta ventana y ver lo que ahí se está haciendo dijo Se me ocurre esta idea cada vez que vengo aquí. Esto despertaría su ambición, les enseñaría lo que se puede hacer, les ofrecería algo a que consagrarse y en que trabajar. Pésimo día, ¿eh?

—Pésimo —asintió Pablo.

—Mas para el hombre que ha hecho esto, en todo tiempo debe brillar el sol —añadió Derwent, encendiendo, su pipa y aspirándola con gran satisfacción—. Espléndido trabajo, Pablo. Algo de que puedes estar orgulloso toda tu vida. Algo...

—Lo odio —interrumpió Pablo—. Lo he odiado desde principio. Lo he odiado durante tres años.

Derwent asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Pablo se alejó de la ventana con un ademán furiosamente expresivo. A los treinta y ocho años, su tipo delgado y ágil era más parecido al de un indio que no lo fue de muchacho. Era la línea de su barbilla, su cuello, sus hombros. En el brillo de sus pupilas había algo que parecía situarlas tan completamente inmóviles, que semejabán moldeadas en el acero del abismo. Algunas sombras se ocultaban en ellas, sombras inconstantes y turbadoras que se manifestaban solamente a intervalos, como espíritus cuya pena no podía permanecer oculta tras los muros de la carne. Sus ojos eran de un azul más profundo que cuando su madre vivía, y se asían a un algo esclavizado que estaba siempre luchando contra la poderosa voluntad del hombre. Accidentalmente el prisionero fue soltado, y cuando esto sucedió había en ellos una singular, recóndita, casi poética belleza y el acero desapareció de su carne, de modo que pareció hallarse de repente bajo el calor de una influencia distinta de aquella que tan profundamente había arraigado en su vida.

La mente analítica de Derwent había ya, desde mucho tiempo, dado en la verdad del asunto. Nuevamente asintió con la cabeza, y dijo:

—Ya sé que no te gusta. Pero no por eso deja de ser una obra grandiosa.

Pablo le miró con una triste sonrisa, mientras Derwent se envolvía en una nube de humo.

—¿Piensas que estoy completamente loco, Colin? ¿Crees realmente que yo hubiera podido estar tres años cerca de una obra de esta clase sin gozar de un perfecto conocimiento de mí mismo? El artificio de todo esto me da náuseas. Las alabanzas de mis amigos... ¡todos tratándome como si yo fuese una suerte de omnisciente y poderosa divinidad! Dígote que todo eso es una mentira, y lo detesto. Estoy contento de no ser yo quien ha llevado a cabo esta crueldad ahí abajo. Estoy contento de que no haya en ella el rastro de mi mano, ¡Buen Dios! Yo hubiera muerto a verdugones antes que destruir un hermoso río para una cosa semejante; antes que profanar una obra maestra por unos cuantos dólares, antes que envilecer un don que Dios puso ahí

al crear el mundo, antes que unos cuantos gusanos como tú y yo lo supeditásemos a nuestros fines egoístas. El mismo Poder que fragua las tempestades y anda sobre los vientos ha de aniquilarnos por haber convertido un paraíso en esto.

Dio unos pasos hacia la ventana y señaló hacia abajo. Jamás Derwent ni nadie había visto en el rostro de Pablo tan raro enojo. Semanas y meses y años de tormento creciente rompieron por fin el dique que él había levantado en torno de sus emociones, y decía palabras que ayer no hubiera pronunciado.

—Cincuenta millones de dólares metidos en esta empresa antes de terminarla, Derwent —dijo— Es dinero de mi padre. Por eso estoy yo aquí. Hay veinte ingenieros ocupados en la obra, y cualquiera de ellos está en mejores condiciones que yo para ocupar este sitio. A mi alrededor hay hombres cuya mente y cerebro dejan los míos tamañitos. Ellos han hecho la obra, no yo. Respetuosamente sugieren lo que conocen que se les ha de mandar. Y aún son esclavos de mis antojos y deseos mientras permanecen en la obra. Yo soy el arrogante figurón de una monarquía financiera. Odio ese abismo de ahí abajo. Odio los millones que van a parar a él. No me siento nada orgulloso de lo que parece causaros estupor a todos. Si yo ocupara mi lugar, estaría al lado de estos hombres cavando y ensuciándome de arcilla, ganando mis seis dólares diarios. Pero en vez de esto estoy aquí. Yo no he de triunfar, simplemente porque no puedo fracasar. Los millones de mi padre cuidan de eso. Los millones no pueden perder. Ellos te cogen y te sujetan, y tú no puedes soltarte. Mi padre no se ha libertado de ellos ni para solazarse un día siquiera en su vida. Y me tienen cogido a mí. Les odio, pero esto no me sirve de nada. Dondequiera que vaya me siguen, me importunan, me atan de pies y manos, me hacen muecas y se burlan de mí. No me dejan medio de luchar, como no sea en su destrucción. Algunas veces he tenido este horrible pensamiento. Me hubiera gustado ver esos millones hacerse polvo y desaparecer. Me habría gustado palpar las necesidades de la vida con mis manos desnudas. Me habría gustado sentir la alegría de saber que tenía que trabajar o andar hambriento. ¡Qué emoción debe producir!

Se volvió de huevo hacia Derwent, probando de paliar su emoción con una sonrisa.

—Perdóname. Hoy hace un día sombrío y estoy delirando. Pero yo amaba este glorioso río antes de que lo cortásemos en fajas. Si mi padre hubiera dirigido sus millones por otro camino y hubiese respetado estas cosas en lugar de destruirlas, yo habría sido completamente feliz. Ya que es así, supongo que debo proseguir hasta que esta condenada obra se termine.

—Te debes una disculpa advirtió Derwent guardándose su pipa Sin duda los ingenieros y el dinero de tu padre están haciendo progresar esta obra. Pero tú estás pensando siempre en cuestión de moral. Esto es una cosa muy grande, muy grande y eficaz. Y eso es lo que has mantenido vivo en los campamentos, arriba y abajo del río, durante los tres últimos años. Tú eres muy serio, no te ríes lo suficiente, apenas tomas parte en nuestras tertulias y expansiones; sin embargo, la gente te quiere. Y

esto es lo que lleva el juego. Hasta los ancianos, los ingenieros que trabajaron en Egipto y Panamá, gustan de estar a tu lado. En la obra no hay un envidioso. Haber hecho posible esta situación es una proeza que te convierte a ti en el primero de los factores humanos de la organización.

—Es por bondad por lo que dices eso —contestó Pablo, reconocido Lo gracioso es que me sienta hoy tan extraordinariamente de mal humor. Pienso que la madre de Carla actúa sobre mis nervios. ¿La has visto recientemente?

—Esta mañana.

—¿E insistes todavía en que no hay esperanza?

—Absolutamente. He llamado al doctor Thiedmere, de Quebec, como pediste. Él le da aún menos tiempo que yo. El doctor Rollins piensa como él. Yo pienso que no pasará de tres o cuatro meses. La señora Baldan sabe que va a morir, y tranquilamente nos habla de ello. No le asusta. La idea de morir no parece alterar lo más mínimo su maternal dulzura. Está conteniéndose a causa de Carla, Si no fuese por ésta, la situación no sería tan trágica.

—En efecto, es por Carla —dijo Pablo—. Una enfermedad y muerte tan repentina como la de mi propia madre no es tan terrible. Pero ver cómo llega: y esperarías, contando los días y las semanas, debe ser horroroso. Carla, al morir su madre, va a perder todo cuanto posee. Estoy pensando qué hará.

—Continuar trabajando entre los niños. Ayer se lo dijo a mí esposa. Cuando aquí se cierre la escuela de la Compañía, encontrará otra. Yo no logro comprenderla del todo. Es más bella que *Hebe*^[3], y tan graciosa que la mitad de los hombres que yo conozco la adoran. Sin embargo, ella no favorece más a uno que a otro. Lucy-Belle dice que tiene ahora veinticinco años. Ambas se quieren, y han tenido sus confidencias. Lucy-Belle, la inteligente hechicerita capaz de penetrar en el fondo de las cosas, afirma que hay una cuestión de amor en la vida de Carla, un amor desventurado que le impide amar a otro hombre o casarse. Carla se lo dijo.

Pablo miró nuevamente por la ventana, de espaldas a Derwent.

—Qué torpe soy al abultar las cosas, como he hecho pocos minutos ha —exclamó — Pero estaba pensando en Carla y en la detestable obstinación de la vida. La mía tomó una dirección, la de Carla otra. Yo nací rico; ella fue una inmigrante. Yo no hice más que crecer; ella, después de la muerte de su padre, luchó con la pertinacia de su raza para lograr instruirse, lo consiguió, y desde entonces acá ha sabido proveer a su subsistencia y a la de su madre. Yo soy un hombre. Ella, una mujer, Yo estoy aquí condoliéndome, y maldigo mi suerte por ser lo que soy, mientras ella resiste como buen soldado bajo su carga. Esta misma mañana la he visto. Todo estaba húmedo, enlodado y triste. Sin embargo, ella sonreía; detrás de su sonrisa está toda la tristeza del mundo, pero ésta no altera su dulzura ni su ánimo. Ella me hace sentir cuán pequeño soy, y cuán desigual es todo ese trabajo ahí en el abismo. Dondequiera que esté, en las montañas, en los bosques, en los lugares donde no hay apenas un ser viviente, la veo siempre adaptarse a las cosas. Yo daría todo esto de ahí abajo para

poder salvar su a madre por ella.

Derwent se puso el impermeable.

—Todos pensamos lo mismo. Y... nos es imposible. Lucy-Belle quiere que vengas a cenar. ¿Vendrás?

—Gracias. Dile a Lucy-Belle que es un ángel al acordarse de mí tan a menudo. Iré.

Capítulo III

Flores en un despacho triste

PABLO se sentó junto a su escritorio después que Derwent se hubo marchado. Desde su silla podía contemplar por otra ventana una llanura rasa e interminable que había estado ocupada por el bosque, y en la que ahora se levantaban unas hileras de casuchas construidas para los obreros, cuyas esposas y familias habían venido con ellos a la obra. Pudo ver la morada de Lucy-Belle Derwent, y no lejos de ella la cabaña donde vivían Carla Haldan y su madre. Con frecuencia había sentido un vacío en su corazón y un gran anhelo al posar sus ojos sobre este medio centenar de casas de las mujeres, cuyo amor y lealtad las había estimulado a seguir la suerte de sus maridos, Su esposa no estaba entre ellas. Sólo dos veces en tres años había subido a lo que ella llamaba «estos horribles bosques», y luego había partido después de uno o dos días. Su retrato estaba encima del escritorio. Reconoció que era hermosa, de una belleza seductora, brillante. Pero su hermosura nunca le había impresionado a él profundamente. Para Pablo había sido como la belleza de una flor hecha con papel o cristal por un primoroso artífice, sin el raro y dulce perfume que hubiera sido una parte de ella, y por el que había él suspirado toda su vida. Pensó en ella como en un agradable pajarito en una jaula dorada, y la jaula era el palacio que él llamaba su casa. Este pensamiento era absurdo, puesto que el pajarito estaba con frecuencia ausente de la jaula. Ahora se hallaba en Europa. El año anterior estuvo en Egipto. El próximo año estaría en algún otro país lejano.

Tras las serenas facciones de Pablo descubríase otra expresión de misterio, de ensueño, de cosas anheladas... disimulado todo y refrenado ante las férreas obligaciones de su vida. Había sido fiel a la mujer cuyo retrato estaba sobre su mesa, en tanto conoció que ella le guardaba lealtad, y cuanto había anhelado en la mujer trató de cimentarlo en ella. Necesitaba amarla, Amó el ideal que de ella se había formado, una suerte de mujer-ensueño, a quien había dotado por sí mismo con un gran amor e instalado en una de las casitas que él podía ver desde la ventana de su oficina.

No se había dado cuenta de que durante los últimos meses, casi al mismo tiempo

que encontró allí a Carla Haldan, había echado en olvido este ideal.

El día anterior recibió una carta de París. Era una carta cariñosa y llena de interés, salpicada con los delicados juegos de palabras que Clara gustaba tanto usar... una carta verdaderamente muy larga, pero sin una línea para decirle que le quería o que estaba calculando la fecha en que le vería de nuevo. Debía haberla escrito en el cuarto de vestir y con su cabello suelto, pues uno de los largos y primorosos filamentos dorados se había introducido en la carta, y al principio quiso Pablo creer que ella lo había metido allí. Luego se acordó que, antes de esta carta, hacía cinco semanas que Clara no le había escrito. Entonces aquello no tenía sentido. Había sido una pura casualidad. En Carla era distinto. En su despacho tenía siempre flores que ella cortaba en su jardín. Ahora había allí un magnífico ramo de narcisos otoñales. Ordinariamente Carla se los mandaba por una de las niñas de su escuela, pero en esta ocasión se lo había traído ella misma. Hizo esto sin ostentación alguna, movida simplemente por un espíritu de delicadeza. Pablo sabía que hubiera hecho lo mismo si su esposa hubiese estado allí. Ambas se habían encontrado. Clara, que era algo artista, se había extasiado deliciosamente ante el perfecto e inolvidable tipo de belleza de Carla. Después de su visita en el despacho de Pablo, visita interesante porque Clara había estado en el país donde la otra había nacido, Carla parecía guardar en el corazón un cálido afecto por la mujer a cuyo marido traía flores. Un hecho curioso se había notado entre ellas. Ambas tenían la misma edad —veinticinco años— y habían nacido en el mismo día. Es gracioso, pensaba Pablo, como dos mujeres pueden contarse infinidad de cosas en pocos momentos.

Pablo miraba la casita Haldan mientras estaba sentado reflexionando, y vio a Carla salir bajo la lluvia y ascender por el ceniciento sendero en dirección a su oficina. Al poco rato conoció que iba a visitarle. Levántose para ver la tenue figura en su elegante chubasquero de seda con su capuchón. Flotaba algo en torno de Carla que la convertía siempre en una diosa, aun entre el lodo y la llovizna. No era realmente alta, según su modo de medir a las mujeres. Había observado que la cabeza de la muchacha le llegaba a él un poco más arriba del hombro. Su delgadez la hacía parecer algo más alta de lo que era en realidad.

Pablo había empezado a notar estas cosas. No podía precisar el color de los ojos de Lucy-Belle, pero sabía que los de Carla eran de un gris claro y hermoso y que las oscuras pestañas que los velaban eran muy largas y finas. Fijábase sólo por casualidad en el cabello de Lucy-Belle, pero el de Carla, bien lo sabía, estaba siempre completamente recogido y echado hacia atrás, tan blanda y sedosamente alisado desde la frente que más de una vez había sentido el deseo de posar su mano en él. Conoció que Carla traspasaría el umbral de su puerta, escondiendo su dolor a todo el mundo cuanto fuera posible para que su tristeza no angustiara ni embargara a los demás. Tener la madre muriéndose en casa, y aún sonreír, así..., era Carla.

Se encontró con ella a la puerta; Carla tenía en la mano unos húmedos y frescos narcisos. Las gotas de lluvia habían salpicado su cara, y en sus pestañas se habían

adherido unos pequeños diamantes de agua. Sus ojos brillaban gozosos y en sus labios florecía una sonrisa tal como él esperaba. La ayudó a quitarse su abrigo y capuchón, y su oscuro cabello era cabalmente como había previsto. Más que nunca en esta tarde particular sintió deseos de tocárselo.

Ella había puesto algún reparo en quitarse el chubasquero.

—Necesito hablar con usted unos momento si no es excesiva la molestia —dijo ella.

—Y yo necesito hablar contigo... mucho rato —replicó él—. No estoy trabajando, ni siquiera dictando, he dejado marchar a mi secretario. Esta tarde he sentido, especialmente el deseo de no hacer nada. El día ha sido vacuo y brumoso, y sólo ha brillado cuando te he visto bajar por el sendero. He estado pensando en ti un buen rato.

Nunca Pablo había dicho tanto como ahora con los acerados párpados caídos sobre sus ojos, como si a través de ellos estuviese mirando otro hombre. Un rubor, tan tenue que Pablo no pudo notarlo, apareció en las mejillas de Carla.

—¿Pensando en mí? —preguntó— Es usted muy bondadoso. Me gusta que se acuerden de mí... cariñosamente. Y no podría usted pensar en mí de otra manera cuando le traigo flores.

Gustóle a Pablo que le hablara de sus flores.

—Durante mucho tiempo han sido para mí un estímulo y una inspiración —dijo él—. No importa lo fastidioso que resulte mi trabajo o lo nublado que esté el día: ellas son como una alegre amistad que me sonrío constantemente desde mi escritorio. Ellas tan contribuido a hacer de mí un filósofo, y han robustecido mi convicción de que las pequeñas atenciones que tenemos para con los demás, no las grandes, son las que hacen la vida soportable. Todo el oro del mundo no podría crear la bondad que se alberga en tu corazón cuando me traes flores. Por eso el acto, y el sentimiento, que lo inspira, son inestimables.

Las ardientes mejillas de Carla tiñéronse de un delicado rubor.

—Me place que mis flores le hayan parecido gratas. Así son siempre para mí. Las quiero, lo mismo que quiero a los árboles. Si no fuese que su más alta misión es traernos consuelo y solaz, me sabría mal arrancarlas. A veces me parece que es como si matara cosas bellas y animadas. Y cuando veo un árbol derribado, siento lo mismo.

Su mirada fue a posarse sobre la fotografía de la esposa de Pablo.

—Pienso a menudo en la señora Kirke, cuando cojo mis narcisos —añadió—. Es bella como ellos, sana, activa, llena de oro y de vida. ¿Se encuentra bien?

—Así lo creo, Está en París. Ayer recibí una carta de ella en la que habla de ti. Dice que no ha olvidado su propósito de regresar y pintar tu retrato algún día. Eso será un estímulo para su tercera visita al cabo de tres años.

Y en su voz notó ella un dejo de ironía que él no había tratado de revelar. El conocimiento de la soledad en que yacía Pablo la afligía con frecuencia. Esto sólo era una razón para que fuese a cogerle flores. Y Carla, siempre diciéndole algo bueno de

la mujer cuyo retrato figuraba en el despacho, y cuya vida se desenvolvía tan al margen de la de Pablo, y estaba tan infinitamente alejada de cada una de las cosas en que él podía haber hallado la felicidad.

—He tratado de cultivar jacintos cerca de mi casita dijo ella—. Pero no viven. Mueren. Los quiero, y les he prodigado todos mis cuidados, y me forjo la creencia de que hubieran querido florecer para mí, si hubiesen podido. Le conté a la señora Kirke mis experimentos, cuando ella estuvo aquí hace un año, y hubiera usted visto encenderse sus ojos. «Yo soy como ellos», añadió. «Me moriría si tuviese que vivir aquí arriba. Pablo no lo comprende». «No te morirías», dice. «Sí, me moriría». Y yo lo creo también. Ella no tiene culpa, como no la tienen los jacintos. Se parecen mucho. Una flor admirable... y una admirable mujer. Yo creo que de las dos la más admirable es su esposa, al renunciar a usted, como está haciendo, a causa de su obra.

Detrás de su firmeza había un ardiente abismo de dolor. Pablo pensó que parecía un ángel sentado frente él, al lado opuesto de la mesa, y semejando una exquisita monja de blanca tez que había en el convento de las Ursulinas de Quebec. Se maravillaba de que hubiese podido hablarle así, tratando de suavizar la llaga de su vida, cuando su propio corazón estaba a punto de estallar de dolor. No era extraño que los niñitos la adorasen, y que la amasen hombres y mujeres.

—Sí, es una mujer admirable —dijo él pensando vagamente en su esposa—. Todas las mujeres son admirables. Y especialmente las... madres.

Pablo conoció que ella había venido para hablarle de su madre. Carla no titubeó cuando él llevó la conversación por este camino. Inclino un poco la cabeza, y luego sus ojos se volvieron hacia él con un velado ardor.

—No quisiera aumentar sus preocupaciones —dijo—. Pero resulta necesario. No quiero acudir a nadie más que... a usted. Pienso que me ayudará... un poco.

—Si mi vida pudiese salvar a tu madre, la daría —dijo Pablo.

Estas palabras turbaron por un momento a Carla.

—He venido a pedirle si quiere llevarme mañana a Peribonka y ayudarme a adquirir un pequeño trozo de tierra —dijo ella estrechando las manos contra su seno—. Mi madre ama Peribonka. En muchos sentidos le ha recordado la villa en que nació y desde la cual mi padre la trajo a América. Hemos soñado en vivir allí algún día, pues yo también la amo. Ahora mi madre está a punto de morir, y quiere ser enterrada allí. Mañana necesito preparar en el cementerio un lugar tan cerca del río como sea posible. Mi madre ama el río ancho, y grande, con sus bancos de arena y sus pájaros. Hoy mismo me decía dónde querría reposar: en un rinconcito que estaba cubierto por una madre selva la última vez que estuvimos allí. Está tan ansiosa por tenerlo, tan feliz y sonriente, y tan poco asustada al proyectarlo (es admirable una madre como ésta), que la otra noche le pedí a Dios que me dejase morir e ir con ella.

Mirando sus ojos valerosos, claros y sin lágrimas, Pablo se sintió por un momento incapaz de contestarle. Luego dijo:

—Mañana iremos, Carla. Pero pasará mucho tiempo antes de que eso suceda.

Puede que incluso no suceda. Los médicos no son infalibles. A veces...

Carla le sonrió. Su mirada de gratitud transfiguró su cara.

—Gracias dijo suavemente Me anima saber que usted piensa así. Mi madre dice que los médicos se equivocan. Por esto me conviene ir mañana a Peribonka. Mi madre cree que no va a vivir tanto tiempo como ellos suponen y quiere estar conmigo cuanto le sea posible; pero insiste en que el tiempo es muy corto, más corto de lo que los médicos han dicho.

—¿Tú lo crees?

—Debo creerlo. —Carla estaba mirando a lo lejos, como si contemplase una visión para él completamente oculta—. Yo procuro no creerlo, pero se me viene encima y me avasalla. Y no es precisamente temor lo que siento.

—Voy a escribir para que *miss Wixon* venga y se encargue de los niños —dijo Pablo—. Tú debes estar continuamente al lado de tu madre.

Carla hizo un gesto de contrariedad.

—Por favor, no lo haga. Yo debo tener el trabajo... el goce... el estímulo de los niños. Mi madre lo necesita también. Ella se sienta a su ventana y yo puedo verla desde la escuela, y a menudo nos saludamos con la mano. Allí puede ver a los niños, y se acuerdan siempre de ella. Aun pasadas algunas horas no la olvidan. Ya lo ve, son tanto de mi madre como míos, y no podemos inclinarlos hacia *miss Wixon*. Es de los niños de quien tomamos todo nuestro mayor ánimo y coraje. En nuestras vidas son como lluvia de abril. Mi madre y yo necesitamos de ellos.

—Tú amas a los niños —dijo Pablo, y sus palabras no eran una pregunta, sino algo que se decía a sí mismo.

—Los adoro. ¿No mandará usted por *miss Wixon* hasta que sea necesario?

—No.

Al levantarse de su silla, Carla cogió de la mesa el retrato de la esposa de Pablo y permaneció de pie, mirándolo, de espaldas a la luz que entraba por la ventana. Así Pablo pudo verlas a ambas... el perfil de Carla, sus facciones exquisitamente perfectas, la gracia y hermosura de su cabeza, y a su esposa, sonriéndole a ella desde la fotografía. Un momento después, Carla le devolvió benévola la sonrisa.

—¿Cuándo va a venir? —preguntó.

—No lo sé. No me tiene al corriente de sus planes. Poco antes de Navidad, creo.

Preguntábase Pablo por qué la nota de amargura persistía en acudir a su voz cuando hablaba de su mujer. Eso le molestaba. Probó de hacerla desaparecer, pero volvería a manifestarse.

—Le gusta darme sorpresas —añadió, avanzando desde el extremo de su despacho hasta que se encontró junto a Carla—. Cuando llegue el momento recibiré un telegrama diciendo que está a bordo o en Nueva York. «A mi regreso, Pablo —dijo la última vez—, ¿cuándo vendrás a verme?». Quisiera que amase a los niños como tú los amas.

—Todas las mujeres aman a los niños —replicó Carla misteriosamente.

—No, ella no. Yo hubiera querido una porción de ellos; chicos, principalmente. Clara podía ser una madre admirable.

—Lo será algún día —dijo Carla—. Se lo vi retratado en su cara cuando estuvo aquí, y se lo veo ahora, brillando en sus ojos... en este retrato. Tiene un alma tan profunda como el mar, señor Kirke, y debe amar a los niños.

Volvió a colocar el cuadro sobre la mesa, y Pablo le ayudó a ponerse de nuevo el chubasquero.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó—. Como los niños yo amo a tu madre.

—¡Oh! —exclamó Carla.

La palabra se le escapó de los labios, y esta vehemencia le hizo latir a Pablo el corazón.

—¿De veras? ¿No lo está usted diciendo para mostrarse bondadoso conmigo? ¿Ama a mi madre?

—Sí, casi tanto como a mi propia madre, que me dejó hace mucho tiempo.

Pablo no pudo comprender lo que vio en el rostro de la muchacha. Fue como si de repente una llama lo hubiese iluminado.

Salieron a la lluvia, y en el estrecho y ceniciento sendero el brazo de Carla rozó con el de Pablo. Una sensación agradable y deliciosa acompañó la suave presión, y él observó junto a su hombro la cabeza de la muchacha, aprisionada en su capucha. Pudo ver las sedosas mallas de sus largas pestañas empapándose en la lluvia.

Minutos después la madre le daba la bienvenida desde su silla, cerca de la ventana, ante la que podía ver la escuela de Carla. Ésta se había quitado el sombrero y el abrigo. Con ella, un nuevo espíritu había entrado en la casa. Se sonreía; besó a su madre, y cuando entró por un momento en la cocina gorjeó unas notas a un pajarito que había en una jaula. ¡Qué fastuoso contraste! La casita estaba llena de pájaros y flores. Al exterior, donde Carla había ido, un canario estaba cantando. Arrollado sobre un almohadón, a los pies de la señora Haldan bahía un perezoso gato. En un pequeño hogar ardía una fogata. No las sombras de la muerte, sino el contento y la felicidad aparecían triunfantes alrededor de él.

La señora Haldan era el alma de esta alegría. Veinticinco años en América le habían quitado la rudeza de sus nativos montes, pero le dejaron el espíritu de su belleza. Miró a Pablo con los mismos ojos que Carla. Su cabello era espeso como el de Carla, y casi blanco. Su piel era muy pálida, y fina como la de un niño y de una rara transparencia, cualidad que el doctor Derwent y sus colegas habían tan cuidadosamente observado. Pablo se la imaginó en sus montañas un cuarto de siglo atrás. ¡Cuánto se debía parecer a Carla entonces!

¡Cuánta belleza crecía en aquellos lugares apartados, como flores perdidas en las ásperas grietas de las rocas, con una historia de varios siglos y la lucha por la vida para darles carácter! Una belleza con indestructibles recuerdos y otras cosas. Recuerdos de amor, sobre todo. Sabía que el padre de Carla había muerto hacía veinte años, pero aún podía vérselo siempre claramente en los ojos de la madre, y cuando

ésta hablaba de él era como ayer mismo hubiera salido para una pequeña visita.

Carla sería de esta manera. Un amor, un hombre para siempre.

No había afectación en la alegría de su madre porque él había venido. Era una visita de una hora, y Carla preparó el té y sirvió unas pastas. La señora Haldan contó graciosos incidentes de su adolescencia... cómo había vivido junto a una montaña, con un pueblecito y un río tan lejos, abajo en el valle, que el río parecía un ondulante sendero, y cómo el padre de Carla trepaba valerosamente todas las tardes para cortearla. Contó de su boda, y cómo por un tiempo habían vivido en el pueblo, hasta que la ambición de venir a América había hecho presa en ellos. Peribonka había ofrecido en su casa vivos retratos de este pequeño pueblo.

Jamás Pablo había visto a Carla tan bella como durante esta hora maravillosa que pasó con su madre. Al marcharse y estar unos momentos de pie con ella sola, le pareció que podía percibir las pulsaciones de su cuerpo junto a él. Los dedos de Carla estrecharon su mano un tanto convulsivamente cuando él dijo adiós.

—Me ha hecho usted más feliz de lo que había sido durante mucho tiempo, y no podré olvidarlo jamás... del mismo modo que mi madre no ha olvidado.

Las palabras se repetían por sí mismas en la mente de Pablo, después de haberse ido. Ninguna mujer, le había dicho que la hacía feliz, excepto su madre... su madre y Carla. Dio un paseo bajo la lluvia a través de los pinos, entre la espesura siempre verde donde la llovizna penetra solamente como una niebla... y las dos mujeres andaban a su lado. Luego su esposa se juntó a ellos. Tres mujeres admirables: su madre, Carla y su esposa, con otra, la cuarta, aguardando que llegara la muerte, allí en su silla. El mundo debe continuar siendo hermoso con tales mujeres. Fue Clara, su esposa, quien le hizo retroceder y le condujo a casa de Derwent, Habló de ella aquella noche. Pero no dijo nada de las otras tres. Estaban encerradas en su corazón, y abrirles la puerta parecía sacrilegio.

Capítulo IV

Un corto viaje feliz

EL día siguiente era sábado, y Pablo muy de mañana partió con Carla para Peribonka. El mal tiempo se había llevado, por fin, el sol brillante y el calor del otoño. A Pablo le satisfizo que a causa del barro y de la arena empapada en la lluvia fuese necesario tomar un caballo y una *charrete*. Carla era muy distinta. La diferencia había ido aumentando durante toda la noche. La belleza que había florecido en su cara cuando él estuvo con su madre no había desaparecido para dejarla de nuevo fría y en tensión. Carla parecía más próxima a él, infinitamente más sumisa a él que ayer y más feliz..., si cabía una tal cosa, después de aquella emoción producida en su vida.

Cruzaron la gran murtilla quemada entre millas y millas de llanura y de salvajes campiñas, que se extendían por una parte hasta el lago y por otra hasta el desierto. Sólo a largos trechos encontrábase una casa habitada, y en el pegajoso camino no hallaron a nadie. A Pablo gustábanle aún las tierras áridas. Hablaba a Carla del campo... Toda la Naturaleza, por desolada que pareciese a los demás, era bella para él, decía. La Providencia no puede crear un paraje desolado que no sea hermoso, y nunca hay una nota discordante en su arte... Hasta los ásperos y leñosos troncos de los árboles quemados tienen allí su sitio, pues el drama y la tragedia, así como la jovialidad y la alegría, entraban en el esquema de los planes de la Naturaleza y todo era bello. Aun un pantano cubierto de ranas era como un joyel de color colmado de maravillas. El que la mayoría de los mortales no supieran ver la patética belleza de un tronco ennegrecido por el fuego o el misterioso hechizo de un estanque dormido, no demostraba que la Naturaleza se hubiese equivocado. Ello evidenciaba simplemente que la mayor parte de los ojos humanos estaban ciegos.

En un lugar arenoso, Pablo arrancó y cortó unos arbustos cargados de bayas, y ambos cogieron el jugoso fruto de los mismos tallos y lo comieron mientras andaban juntos. Aquello era casi la felicidad. Sólo constituía un obstáculo a ello la horrible idea que les obsesionaba, y aun a esta sombra pareció que se le caían por momentos las alas. El calor aumentaba, y Carla, según costumbre de las gentes del pueblo de su madre, descubrió su cabeza para dejar que el aire agitase sus cabellos. Pablo se los

miró, creciendo en él el incesante deseo. Eran tan suaves y blandos, con los sedosos rizos que tan graciosamente encuadraban su cabeza, que daba lástima no tocar tanta hermosura. Se acordó de lo que Lucy-Belle había contado a su marido... acerca de la historia de amor en la vida de Carla. Algún hombre había amado sus cabellos. Algún hombre había puesto la mano sobre ellos. Mientras el camino penetraba en un verde monte, y Pablo escuchaba la voz de Carla diciéndole que en su propio corazón latía un amor tan grande por la Naturaleza que no podría volver a vivir en la ciudad, preguntábase él qué es lo que habría desbaratado de tal modo sus amores que nunca más se interesara por otro hombre, ni pensara en casarse.

Llegaron a Peribonka y María Chapdelaine les sirvió una comida en el anticuado comedorcito, desde el cual se dominaba el jardín con sus exuberantes adornos de verduras y flores.

—Si plantas una flor junto a una col, a una zanahoria, o bien a una acelga, éstas crecerán mucho mejor dijo ella a Carla en aquel tono seguro y festivo que al más afligido convertía en jovial en su presencia.

Admiraba a Carla, y condujo ante ella a una niña que había adoptado, para mostrarle cuán feliz se puede llegar a ser viviendo honestamente. Carla estaba algo confusa, y Pablo satisfecho por una tan franca acogida. Samuel Chapdelaine, alto, delgado, y el principal elemento del coro de la iglesia de Peribonka, se juntó a ellos en la mesa para hacerles una visita, y al poco rato Pablo le llamó aparte y le expuso el objeto de su viaje. Salieron juntos, y cuando volvieron el asunto estaba resuelto. El pequeño predio, con sus enredaderas de madreselvas, pertenecía a Carla.

Pablo la llevó a verlo, después que se hubieron despedido de los Chapdelaine, y cuando estuvieron allí, mirando hacia el río, vio, por primera vez desde que la conociera, que las lágrimas manaban de los ojos de Carla. Ella no hizo el menor movimiento para esconderlas ni enjugarlas, mientras le sonreía agradecida. Pablo le tendió la mano, y Carla le dio la suya, que tuvo cogida unos momentos. Nada interrumpía entre ellos el silencio mientras bajaban por la trillada senda y atravesaban la puerta de la verja.

Un impulso que ninguno intentó exteriorizar les retuvo un rato en Peribonka. Subieron por el quebrado pasadizo lleno de fuentes, casi hasta la fábrica de queso, y luego volvieron por la margen del camino cubierto de hierbas. Descendieron a la orilla del río, parándose en los sitios donde podían ver los pájaros chapoteando el agua en los arenales. Vieron el pequeño bote que, dos veces por semana, cruza el lago, transportando géneros para los lugareños y los moradores de sus arruinados muelles; y Samuel Chapdelaine los saludó con la mano mientras bajaba precipitadamente para ver si había llegado ya una caja que esperaba. Junto a la ribera de la orilla opuesta había una ermita. Desde el sitio donde estaban podían ver la cruz, y el sol reflejándose en ella. El aire era tan puro que el tañido de las campanas del monasterio llegaba como leve música hasta el pueblo, y con ella los gorjeos y trinos de los pájaros de los arenales.

Cuando estuvieron a punto de partir, Pablo sintió como si dejase algo en Peribonka, del mismo modo que la mano de Carla había dejado algo en su corazón. Carla, Peribonka, el pequeño trozo de tierra... ¡serían tan inolvidables como los recuerdos de la señora Haldan! Pablo anduvo pensando esto toda la tarde, mientras regresaban. Pensó en ello después, al hallarse de nuevo en su despacho y mirar abajo los destrozos de la maquinaria de la mina. El hecho le afligía y le tenía inquieto y desazonado. Este día, profundamente grabado en su vida, parecía irreal, ahora que ya había pasado. Era como si una experiencia se hubiese convertido en un sueño, en una cosa de pocos minutos en lugar de haberlo sido unas horas.

La amistosa, lánguida y sonriente mirada de su mujer le seguía por todas partes en su oficina. Por la noche contestó su carta, y en sus páginas encontraron eco sus recientes emociones. Hablaba de la tragedia en la vida de Carla, de su viaje a Peribonka y del trocito de tierra en el cementerio. Escribiendo en su oficina, frente al retrato de su mujer que le miraba, no le era dificultoso expresar sus sentimientos tal como lo había hecho dos o tres veces en los seis años de matrimonio que llevaba con ella. Pablo era un hombre a quien le faltaba una mujer. Necesitaba a su esposa. No la quería en Europa ni en Egipto, ni esperándole en su propio palacio, La quería junto a sí. Le dijo esto tan tiernamente como un hombre podía escribirle a una mujer. Era una carta de amor, de renaciente esperanza, de ilusiones. Carla fue la inspiradora de ello.

Puso el sello y la dirección a la carta y la echó al correo de la Compañía. ¡Qué feliz sería si al fin llegase su mujer! En la carta había descrito... la dorada belleza de Clara como una parte del azul del ancho firmamento, como una cosa cercana y admirable que le pertenecía. Pero cuando salió a la obscuridad y miró la hilera de iluminadas casitas en la colina, pensó en Carla, y un ardiente deseo de estar cerca de ella se apoderó nuevamente de él.

Este impulso le desconcertó. Fuese a sus habitaciones de soltero e intentó leer. Una a una las casas iban obscureciéndose. Esforzose aún en hacer que sus libros y almanaques le interesasen. Nunca sus nervios habían estado tan vivamente despiertos, y su obstinación persistió hasta después que se hubo desnudado y acostado. Oía los ruidos de la mina, el constante pum, pum, pum de un conductor de la vagoneta, el estruendo de las máquinas de remachar, el tumulto de los coches cambiando de vías, el incesante ruido de los bloques de cemento y de las máquinas trituradoras. Había oído estos ruidos mil noches. Era otra cosa lo que le tenía despierto era una serie inagotable de cosas que cruzaban por su mente, inconexas, ilógicas, intempestivas, y siempre llevándole de nuevo de una manera u otra hacia Carla y su madre.

Saltó de la cama y se vistió. Era más de medianoche. Sobre la mina había una iluminación que llegaba hasta el firmamento como el resplandor de un volcán. Bajó por el carbonífero sendero y pronto estuvo entre los obreros. En la obra no había nadie que no le conociese, aun con la ropa de dormir. Siempre parecía uno de ellos, nunca envanecido de su importancia, ni preocupado de ensuciarse las manos; era un amigo que descendía entre ellos para ver cómo iban las cosas. Muchos de ellos le

hablaron esta noche, pero su amabilidad no lograba disimular el desasosiego de su espíritu que le había obligado a dejar la cama. Miró el reloj y vio que era la una cuando alcanzó el lejano extremo de la obra. Un camino arenoso conducía a lo alto del bosque; lo tomó y salió de la mina.

Era una noche vivamente estrellada, sin luna, y durante media hora anduvo de prisa hasta llegar a una bifurcación del camino. Uno de sus brazos se dirigía hacia el norte, en donde el poderoso Mistassini avanzaba entre quebradas islas de roca; el otro daba la vuelta a la colina. Siguió por esta senda.

Al poco rato llegó a la hilera de casitas. En casa Haldan brillaba una luz, y estuvo pensando qué haría Carla por las noches en que esperaba la llegada de la muerte. ¿Era posible para ella dormir? ¿Estaría allí sola, sentada, durante aquellas horas inacabables, velando a su madre, implorando que se levantase el día? Quedóse de pie junto a la verja que rodeaba su jardín, y sus oídos percibieron un sonido que no llegaba de la mina. Era como un sollozo. Abrió sigilosamente la verja y entró. En algún sitio se abrió una ventana, y pudo oír claramente una voz que estaba sollozando. ¡Era Carla! Nadie más en la casita podía estar llorando así... seguramente su madre no sería. El corazón le golpeaba las costillas. Su respiración era entrecortada. Llegó a la puerta y llamó suavemente. Luego más fuerte. Alguien vino y la puerta se abrió. Entró Pablo y se halló al lado de Carla. Ésta no se había acostado, ni desnudado siquiera. Iba tal como él la había dejado unas horas antes: solamente su cara y sus ojos tenían el sello de un dolor que le dejó aterrorizado. Luego, bajo la opaca luz, aconteció un milagro: ella le sonrió a través de las lágrimas.

—Le esperaba —le dijo.

—Pasaba por aquí... y oí que llorabas...

No dijo más, porque había adivinado sólo una parte de la verdad. Tenía cuidado de que su voz no despertase a la madre de Carla, si estaba dormida. Su mente no concebía rápidamente; estaba asustado y desconcertado por la angustia que se reflejaba en el rostro de Carla, y por la manera como ella se volvió y penetró en la gran sala donde se hallaba la silla vacía de la señora Haldan, junto a la ventana, y pasó de ésta a otra habitación llena de luz, y desde la cual los sollozos debían haber llegado a él junto a la verja. Carla esperaba en la puerta abierta, y sin volver la cabeza le dio la mano. Era una mano fría, una pequeña mano sin vida, sin rastro alguno del calor y estremecimiento que en ella había notado pocas horas antes. Se sobrepuso con firmeza, pues la mano, más que la cara y los ojos de Carla, revelaron la verdad a su corazón. Entró. La señora Haldan yacía en su cama. Su cara estaba iluminada de paz. Sus labios sonreían suavemente. Aparecía muy pálida y completamente sosegada. Pablo comprendió que había muerto.

Carla le condujo más cerca. Cuando estaban junto a su madre, le miró. Sus ojos inundados por el dolor brillaban como estrellas, casi con orgullo, casi con envanecimiento.

—Es hermosa —suspiró Carla quebrándose la palabra en su garganta.

Pablo asintió con la cabeza.

—Sí, es hermosa —dijo, tratando de contener aún su voz.

Entonces puso la otra mano que tenía libre sobre la frente de la madre de Carla. Estuvieron así unos momentos. Luego el mismo impulso que había atraído los infantiles labios de Carla hacia el frío rostro de su propia madre cuando ya su alma la había dejado, le hizo inclinarse y besar la blanca y suave frente en que había descansado su mano. Un pequeño grito se escapó del pecho de Carla, y desasiendo su mano de la de Pablo, cayó de rodillas y apretó su cara contra la de su madre. Durante una eternidad, según le pareció a él, estuvo de pie junto a ella... una eternidad en la que sus labios no acertaron a pronunciar una palabra... algo que pudiese aligerar la pena que tan súbitamente había venido a anonadarla.

Pausadamente extendió una mano hasta posarla sobre la cabeza de Carla. Luego acarició suavemente sus cabellos, y poco después el cuerpo de Carla perdió la tensión, como si ella estuviese durmiendo junto a su madre... durmiendo con unos ojos muy abiertos, ojos nublados, que Pablo no pudo ver, mientras por la ventana medio abierta llegaba hasta ellos el retumbante, molesto y lejano estruendo de la mina.

Capítulo V

Conversaciones, cartas... y una mujer que sufre

EL martes fueron a Peribonka.

Durante treinta minutos la mina se mantuvo en silencio por primera vez en tres años. La mina, unánime, lo pidió. Allí no se preocupaban de Jaime Kirke, de cuyos millones dependían, sino de Carla Haldan, por quien sentían una afección ferviente. De la mina llegaron tributos de flores que cubrieron la pequeña casita de la colina, y cuando Carla y su madre se fueron a Peribonka, el alma de la mina se fue con ellas. Por vez primera, Pablo miró la mina, y casi la amó.

Al día siguiente Carla se hallaba entre los niños de su escuela. Esto fue lo más pasmoso de su fortaleza. Dos días más tarde Pablo fue llamado inesperadamente a Nueva York.

La nueva vida en que se sumergió durante quince días, los enfadosos detalles de los negocios, sus conferencias, el hablar todavía de más millones y de mayores empresas, fue para él como un torbellino. Su padre y Durand tenían perfectamente trazado un nuevo plan para ingresar otros cien millones de dólares ajenos. Estaban luchando todos los días para llegar más allá. El inmenso edificio de las nuevas oficinas, con su espantosa actividad e incesante torrente de seres vivientes, oprimía y desalentaba, y preocupábale el inesperado acto que todo eso producía en él. Esto era peor que la mina; porque la mina tenía sus redentores bordes de selvas, y sus energías humanas aplicadas al trabajo con las desnudas manos en la roca y la arcilla. Aquí su mente parecía obtusa, sus sentidos rudos, su juicio abrumado por la magnitud de las cosas que veía que se estaban llevando a cabo sin el empleo físico de las manos y del cuerpo, sin el vigor de la carne y de la sangre... la tensión de los músculos... que le habían hecho la mina insoportable. No se esforzó gran cosa en participar de ello o en comprenderlo. La casa donde su madre había vivido ya no tenía ni calor de hogar. Pasó solamente parte de un día en su propia casa, donde supuso a Clara de regreso de Europa. La llenaba un silencio de catedral. Todo estaba allí arrollado y envuelto para

preservarlo de la polilla; parecía un palacio cuyos moradores hubiesen muerto súbitamente, una fortaleza guardada por obsequiosos criados blandamente calzados, que a él le daban temblor. Para él era un sepulcro de esperanzas, para Clara un lugar de alegría, de risa y entretenimiento. Aquí hallaba en derredor suyo una gran soledad y un continuo desasosiego, y entre aquello mismo Clara encontraría diversión y felicidad cuando volviese. La verdad del caso aumentaba su pesadumbre. Un nuevo reparo se abrió paso entre sus pensamientos. Empezó a preguntarse si Clara, con toda su riqueza y libertad, era realmente feliz. Y si hacerla feliz le era a él en alguna manera posible.

Le había escrito inmediatamente después de la muerte de la madre de Clara, y hacia, el fin de la quincena le mandó otra carta. Concibió el deseo de escribirle con más frecuencia de lo que solía; pero una fuerza sutil se deslizaba entre él y la realización del acto. La necesitaba más que nunca, y en esta última carta, la tercera desde que supiese de ella, le hablaba de la soledad de su gran casa, tan vacía, tan fría, y como su dorada presencia podría devolverle la vida. Inspiradamente le sugería que si ella quisiese volver y pasar con él en el Mistassini una temporadita solamente, él la llevaría adondequiera que fuese, cuando pudiese dejar la obra... alrededor del mundo, si tal era su gusto. ¡Sería tan interesante!, ¿no? Dar la vuelta al mundo... ¡ellos dos! Hizo la pregunta casi con infantil esperanza y deseo.

Cuando llegó el día de partir para el Mistassini se sintió contento, porque parecía que ahora, para él, había allí, cerca de la mina, algo de su hogar. El bote de la Compañía le condujo a Roberval, a través del lago. Cuando vio brillar la luz del sol en las blancas y desnudas paredes del monasterio, a la entrada de Peribonka, sintió como si una influencia agradable y amistosa se posesionara de él. Las miró hasta que se ocultaron detrás del promontorio que se levanta entre ellas y el Mistassini, y luego divisó una mancha en el espacio, más allá del bosque, que debía ser Peribonka. Iría allí con frecuencia, se dijo, y cuando Clara viniese la llevaría con él.

Una multitud de negocios le esperaba en su oficina. No vio a Clara hasta el día siguiente de su llegada. Estaba entre sus niños, a la hora de cerrar la escuela por la tarde. El trágico gesto que había observado en su cara antes de morir su madre había desaparecido. Algo más profundo y permanente aparecía en su lugar, y aunque era menos punzante, causóle a él, por un momento, una sensación de inquietud, como si personalmente hubiese perdido algo. Ni entonces ni más tarde pudo explicar exactamente lo que era. Clara parecía más vieja, como si él hubiese estado ausente dos años en lugar de dos semanas, y Pablo sintió, en una forma inexplicable, como si se hubiera abierto entre ellos un abismo tan profundo como la misma mina. El pequeño temblor de alegría en la voz de Clara no bastaba a disipar este efecto.

Pablo se fue con ella hasta la casita, donde la muchacha le enseñó lo que a sus narcisos y dalias habían hecho los primeros hielos.

—No podré mandarle ya más —le dijo.

Dióle flores para su oficina, y cuando Pablo regresó con ellas y las puso sobre la

mesa, estaba todavía pesaroso, ardiendo que había perdido una cosa importante y necesaria, que había esperado hallar a su regreso a la mina. Estaba seguro de que Carla estuvo contenta de verle. Pero no era la misma Carla que había llevado a Peribonka a través de las llanuras de bayas. Dudó que la muchacha volviese personalmente a su oficina a traerle flores de nuevo.

En esto se equivocó, ya que el sábado por la mañana vino con un gran ramo de dalias.

—Una o dos noches más de heladas y se habrán acabado —dijo ella.

Preguntó por Clara, y hablaron algunos minutos de su visita a la ciudad. Ella no habló de su madre, ni de Peribonka, ni de nada que con ella se relacionase, excepto de sus flores y de su escuela. Mientras arreglaba las flores se inclinó sobre el escritorio, de tal manera que su sedosa cabeza, que él había acariciado con la mano, estaba muy cerca de él, y súbitamente se sintió sumergido en un fuego que no dejaba a salvo parte alguna de su ser.

Cuando Carla hubo, con sus diestros dedos, terminado su tarea, encontró a Pablo mirándola con una cara cuyos rasgos eran, una vez más, completamente los de un indio.

Él le dio las gracias como hubiera podido dárselas un año antes. Le tocó las manos con la suya, y Carla sintió en su garganta unos rápidos latidos. Sus ojos se encontraron; los de Carla perfectamente claros, puros y llenos de una brillante luz; los de Pablo con una sombría consternación profundamente marcada.

Al llegar a la puerta paráronse otro momento. Luego Carla le dejó.

Ésta fue su última visita a la oficina.

Una hora después de haberse ella marchado, Pablo iba solo a Peribonka. Los caminos se habían endurecido y conducía su coche muy de prisa. Depositó en la tumba de la señora Haldan las dalias y un ramo de rosas que trajo consigo de Roberval. Carla había estado allí, pues la tumba aparecía muy cuidada y cubierta de flores de su jardín, la mayor parte de ellas ajadas y quemadas por los fríos. Hizo con ellas un ramo y las puso en un jarro, cerca de sus rosas. Se acordó de que Carla amaba las flores aun cuando ya no tuviesen vida ni color.

No hizo el menor esfuerzo para ocultarse a sí mismo la intención que le había asaltado tan irresistiblemente al mirar la cabeza de Carla inclinada sobre su escritorio. Tan fútil pretexto le hirió casi con la misma fuerza. Deseaba a Carla, y este deseo formaba parte de él, tanto como su visión o su sentido de las obligaciones de vida. Era ella la que le había hecho volver al Mistassini con el sentimiento de que iba camino de su hogar. Su estima hacia ella no era un súbito estímulo promovido por un desasosiego físico o emotivo, que pudiese haber sido suscitado por la proximidad y la belleza de Carla. Podía mirar atrás y ver donde había ido creciendo paulatinamente, en un período de tres años, con tanta lentitud que no le habría sido difícil eludir su verdadera significación. Pero ahora no era posible evasión alguna ni engañarse a sí mismo por más tiempo. Conocía que Carla sentía por él más que simpatía, y que sólo

un milagro le había detenido los brazos para no estrecharla en ellos. Creía también que un rayo de inteligencia llegó a los ojos de Carla cuando le miró y vio en su cara la ruda y sombría lucha que desde aquel momento estuvo obligado a sostener.

Después de esto, Pablo deseaba más que nunca hallarse entre los obreros y ocupar sus brazos, y raramente estaba en su oficina. Cada músculo de su cuerpo anhelaba la vigorosa actividad del trabajo que veía pesar sobre los demás, y derribaba las barreras que su posición social le había obligado a aceptar, hasta el punto de que, a veces, al llegar uno a la mina lo habría tomado por un obrero. Era hábil en manejar el hacha, y un día, a últimos de octubre, cortaba en una madera muy dura una silla de montar, cuando volviéndose, al terminar, vio a pocos pasos de él a Carla, que le estaba mirando. Había venido al borde de la mina para ver al padre de uno de sus discípulos, y por un momento le pareció a Pablo sorprender en su cara una expresión que era como un puente sobre el insondable abismo que él sentía ensancharse entre ellos, desde la muerte de su madre. Se acercó a la, respirando fatigosamente a causa de sus esfuerzos, y Carla se reía en silencio, al verle las manos ennegrecidas por la resina.

Él iba frecuentemente a Peribonka durante estos días de otoño, y una vez por semana recibía flores que de Roberval le mandaban para la tumba de la señora Haldan. Carla estaba enterada de estas visitas al pequeño cementerio, y Pablo no se esforzaba en ocultárselas. Nunca iba él en sábado, que era el día que Carla dedicaba a su madre. Cuando ella probó a expresarle la profundidad de su reconocimiento, Pablo hablaba como si fuese el alma de su propia madre de la que se acordaba al llevar flores a Peribonka. Pero adivinó que a Carla no se le ocultaba la verdad, y casi estaba contento de ello. Era para él una satisfacción el saber que Carla era conocedora de sus pensamientos acerca de ella. Esto hacía más fácil la batalla, y Pablo experimentaba cierto estremecimiento como acontece a todo aquel que sabe le está acechando alguien por quien se interesa. Y el conocimiento de ello no podía dañar a Carla, en cuya vida otro amor había prendido tan firmemente que ni un rincón de su corazón podría corresponder al de Pablo con una sola de sus emociones. No se esforzaban en evitarse uno a otro; únicamente Pablo dejaba de llevarla con él a Peribonka, y Carla no iba más a la oficina; y un día, cuando estaban juntos, preguntóle él, francamente, por qué no se casaba. Tan pronto como soltó estas palabras, sintió haberlas dicho. Vio en los ojos de ella llamear un instante la herida como un fuego ante el cual hubiesen súbitamente descorrido una cortina; y luego se apagó, dejándole la cara algo más pálida, pero sonriéndole suavemente, como si se disculpase de haber permitido que aquello la afectase de tal manera. Luego ella se explicó. Era casi tradicional en su familia que una mujer tuviese un solo amor. Y ella había amado a un hombre, lo amaba todavía con toda su alma y corazón, aunque se hubiese alejado de ella para siempre. El amor había penetrado en su vida hacía mucho tiempo. Subrayó este hecho, desviando de él la mirada, velando con sus largas pestañas sus ojos llenos de misteriosos ensueños.

Él estaba contento por haber oído las palabras de sus propios labios. Esto

estableció una nueva camaradería entre ellos, y permitió a Pablo triunfar más positivamente de sí mismo. Una carta de Clara contribuyó a ayudarlo.

Su mujer se reía jovialmente de su fantástica proposición de hacer un viaje alrededor del mundo, y luego le describía a su manera pintoresca y viva la tortura que ella sabía representaba para él semejante viaje. «Sin tus bosques, tu vasto firmamento, tu vida al aire libre, morirías antes de que llegáramos a la mitad de la vuelta, Pablo —le escribía—. Sería inhumano que te hiciera pagar de esta manera mi presencia en el Mistassini. Voy a ir precisamente porque lo deseo. Estoy apresurándome previendo algo muy interesante ahí arriba, algo que para ti y para mí significará más que seis meses o un año de correrías alrededor del mundo. ¡Tú, en una excursión semejante!». Y luego continuaba hablándole de él mucho más de lo que Pablo hubiese esperado nunca de ella. La carta le emocionó. Dábale esta carta una nueva idea de Clara, la cual nunca le había analizado de una manera tan benévola e inteligente, retratándole la vida que a él le gustaba llevar como si fuese una parte de la suya. Pero al final, después de asegurarle de nuevo que iba a regresar, y que estaba calculando la fecha en que se hallarían juntos, decía que tal vez su regreso a América fuese diferido hasta el próximo mayo o junio. ¿Podía él aguardar tanto?

Carla también recibió una carta de Clara. Estaba llena de femeninas ternuras y de simpatía por quien había sufrido una gran pérdida, y llena de la íntima inteligencia y sentimiento que sólo podían haber sido dados e inspirados por Pablo. Carla se la dejó leer, y aunque al mostrársela se había prevenido, sus ojos aparecían extraordinariamente encendidos.

—Me dijo usted una vez que con todos los millones no cabía comprar un sentimiento —dijo ella—. Y los millones no podrían procurarme lo que ha venido en esta carta. Es su corazón hablándome.

Carla llegó a estar tan plenamente absorbida por el trabajo de su escuela, que él no le habló en una semana. Ella organizó clases nocturnas en las cuales enseñaba inglés a los adultos que deseaban acudir a ellas, y las escasas horas que por las tardes le quedaban, las dedicaba a las madres de los discípulos. Con la llegada del invierno, Pablo se entregó más apasionadamente al trabajo al aire libre, dejando ampliamente a los demás la rutina del despacho, y el cambio le benefició. Carla, por otro lado, parecía haber asumido una carga excesiva. El esfuerzo, si es que era tal, empezó a hacer sentir sus efectos sobre ella. Hasta Lucy-Belle lo notó y se lo hizo ver a Pablo.

—Cada día va siendo menos la Carla que conocimos antes que su madre muriese —le dijo ella—. Se está echando a perder con el esfuerzo de mantenerse olvidada de sí misma. Ayer llegué de improviso a su casita un momento en que yo sabía que estaba allí, y la encontré llorando. Empalidece, y me asusta ver cómo se marchita la belleza de su cara. Debes hacer algo, Pablo; obligarla a dejar sus clases nocturnas y mandarla, si puedes, de vacaciones. Creo ser yo la única persona a quien se confía del todo, y no quiero hacer traición a su confianza, ni aun a lo que en ella he adivinado. Pero algo que no es la muerte de su madre le consume la vida. Insiste ella en que el

trabajo por la noche es un gusto, dice que se siente bien, y que no necesita marcharse. Pero yo sé que ella sueña siempre en visitar el país de madre. Si la Compañía pudiese arreglar algo en este sentido...

Pablo vio a Carla al día siguiente, un domingo frío, con el suelo cubierto de nieve. Por vez primera, después de muchas semanas, dieron juntos un paseo, y desde un principio aclaró ella cuantas observaciones pudiese tener Pablo en su mente, como si viese escrito en su cara cuanto Lucy-Belle le había dicho. Mentó la visita de la señora Derwent, y le contó lo que decía de su trabajo, desechando, sonriente, los temores de los demás como absurdos y sin motivo, y añadiendo con un tonillo decisivo en su voz que eso de dejar el trabajo o marcharse, como Lucy-Belle había sugerido, era la última cosa que ella hubiese pensado hacer.

Carla había tenido noticias de su esposa. Era su tercera carta. Venía de Capri, donde pasaba el invierno pintando. Clara le había mandado un pequeño apunte de sus viñedos y de sus pintorescas casas sobre los peñascos. Carla decía que estas cartas permanecerían siempre vivas en su memoria. Tan amistosas y consoladoras eran. A ellas había contestado, tratando de contarle a Clara algo de su propio trabajo y de la magnificencia y hermosura de los grandes bosques y poderosos ríos que junto a ellos había. Pero faltábale el espíritu creador que poseía su esposa, y no pudo describirlos en forma adecuada.

Pablo sabía que la verdadera alma de Carla no participaba del encanto de sus conversaciones con él.

Él mismo, al observar esa indiferencia tan disimulada, se abatía, se desesperaba durante aquel invierno. Llegó la primavera, y hubo casi acabado para él el tiempo de estar en la mina. Agosto vería la obra terminada. Pablo no sabía lo que luego haría, le contó a Carla. En Sudamérica estaban ocurriendo cosas. Tal vez iría allí. El porvenir de Carla estaba asegurado por otro año. El Gobierno le ofreció un contrato para permanecer con los niños en el Mistassini, y ella había aceptado. Esperaba que entre uno o dos años se encontraría una plaza en Peribonka, cerca de la tumba de su madre.

A últimos de mayo, la esposa de Pablo se embarcó en Cherbourg en el *Empress of France*, y, con la sorpresa de su esposo, se dirigía directamente a Quebec, para reunirse con él.

—Esto es maravilloso en ella —dijo Carla brillándole los ojos con la luz singular que ponía en ellos al hablar de Clara—. ¡Viene directamente hacia usted!

El día que Pablo partió para Quebec le vio ella unos momentos para decirle adiós.

—Desearía ser un hombre... y usted —dijo ella, y en su cara parecía haber un resplandor cuando él la dejó.

Al atardecer de este día, durante la comida, Lucy-Belle decía a su marido.

—La escuela de Carla estaba cerrada esta tarde. Beryl me ha dicho que había despachado a los niños porque le dolía la cabeza. Debemos ir a ver qué es eso.

—He estado allí —replicó Derwent—. Estaba algo intrigado, cuando uno de los niños me contó lo que había ocurrido. He ido, a verla por si me necesitaba, y la he

encontrado llorando.

—¡Oh! —exclamó Lucy-Belle ¡Ahora creo que lo comprendo!
No dijo a su marido nada más acerca de Carla Haldan.

Capítulo VI

Un viaje obligado

EL momento culminante de expectación en los seis años de matrimonio de Pablo fue su viaje para encontrar a Clara. Desde el Mistassini a Roberval, desde Roberval Metebetchewan, y desde allí a Chicoutimi, donde tomó tren que cruza el desierto hasta Quebec, iba fortaleciendo las ilusiones que el creciente interés y el compañerismo que revelaban las cartas de su mujer le habían dado a formarse durante el largo invierno. Que no siguiera su precedente costumbre de ir a Nueva York, sino que viniese directamente hacia él, le emocionaba y producía un estremecimiento que no había tenido antes la felicidad de experimentar en su intimidad con ella. Tratándose de Clara, creía que desviarse del camino de su casa, de sus domésticos, de sus amistades, después de una ausencia de casi un año, dirigirse hacia él, a un desierto que ella sinceramente detestaba, era casi dramáticamente significativo de un cambio de actitud hacia él. Era el misterio de este cambio lo que le privaba de sentir lo que realmente le hubiera apasionado con expectación y gozo. En ninguna de sus cartas, en que más que nunca se hubo aproximado a él, Clara hablaba de amor. Aun al responder a la más apasionada de sus correspondencias, ella no le había dado una satisfacción cumplida, sólo le escribía de una manera que, sin expresarse abiertamente, se le aproximaba más, y comunicaba al ideal que de ella tenía una ardiente y corpórea realidad que le excitaba y le avasallaba mientras iba a reunirse con ella.

Hizo noche en Quebec antes de que el Empress of France llegase. Tuvo una noche intranquila y casi desvelada, paseándose la mayor parte del tiempo por las singulares calles de la ciudad. Fue aquí donde no podía borrar de su mente a Carla. Al pararse a la sombra de la antigua capilla de las Ursulinas, a través de verja había visto a la monja que tenía la cara y los ojos tan iguales a los de Carla, ésta se le represento vivamente. En la Ciudad Baja fue a la vieja y pequeña iglesia de Notre Dame des Victoires, y sintió como si Carla estuviese a su lado. Parecía ser ella una parte de la serenidad, belleza y antiguo encanto de estos raros y santos lugares que él amaba, como si algún día el alma de Carla hubiese esperado moldear y acomodar allí los

destinos de ambos. Aquí pudo Carla soñar, como el mismo y ver espíritus y misteriosas fábricas de cosas olvidadas donde los demás veían solamente miserable desilusión y ruinas de ladrillos, mortero y madera. En los ojos de Carla existían las profundas y tranquilas luces que enlazaban los recuerdos del pasado con los misterios del futuro... en la vibrante vida de un glorioso presente de Clara. Juntas, pensaba él, estas dos mujeres contendrían en sus almas el mundo, desde su principio hasta su fin.

Estaba Pablo en el muelle «Canadian-Pacific-Steamship», a una hora de distancia del vapor. Cuando le vió llegar retrocedió entre las gentes que esperaban, porque sabía que Clara no estaría entre la multitud de pasajeros que desembarcaban, ni junto a la barandilla entre los empujones, aumentados siempre por los saludos y manifestaciones a los amigos y parientes. Sorprendióle ver que era ella una de las primeras personas que halló en el desembarcadero. Vio que, al bajar, le buscaba. Era la misma Clara, alta, delgada, vestida con exquisito gusto; una mujer para ser elegida entre mil. Podía esperar que sería siempre así, una mujer que todo hombre podía estar enormemente orgulloso de poseer. Saludó con el sombrero, y ella le vio. Una sonrisa graciosa y rápida iluminó su cara, y en su deseo de llegar hasta ella, Pablo pasó algo rudamente por entre la multitud. El corazón le daba saltos. Iba a encontrarse con ella, solo... nadie más sino él iba a saludarla, mientras que antes iban siempre muchos. ¡Un sueño había llegado a ser realidad!

Cuando se encontraron, él abrió los brazos. Pero no era éste el estilo de Clara. Ella siempre era correcta, nunca echaba en olvido las conveniencias..., y le dio las manos, que Pablo estrechó calurosamente entre las suyas. Movi6 los labios y le besó, con el sutil roce de su boca.

—¡Querido Pablo! —dijo—. ¡Al fin estoy en casa!

Tres días después de su llegada a Quebec, Clara era la señora de la casa de campo que su marido había preparado para su visita. Después de esto, Pablo podía desde la ventana de su oficina ver materialmente realizado el segundo de sus ensueños. Clara era al fin una de las mujeres que vivían en la hilera de casitas de la colina. Mientras este sueño, como el saludo amistoso aunque desapasionado de su mujer en Quebec, perdía algo al ser realizado, aparecía abierta la puerta, a través de la cual contemplaba Pablo a la mujer que por consideración a él luchaba contra los prejuicios y el ambiente.

—Esta vez y voy a permanecer contigo hasta que te canses de mí y me mandes a casa —dijo Clara.

El cambio en ella era inexplicable, a menos de aceptarlo como un puro deporte. Pablo lo creyó así, y estaba preocupado pensando qué debería hacer para corresponderle. Tras sus esfuerzos —no era difícil para él saber la verdad—. Clara luchaba contra sus instintos e impulsos, tan profundamente innatos como lo era en él la sangre india... El deseo de complacerle, su admirable jovialidad y benevolencia, eran para él una fuente de inspiración y fortalecían su propósito de imprimir un nuevo rumbo a su vida, para adaptarse a la de ella. De esto no le dijo nada. La idea de

explicarle que iba a hacer un poderoso esfuerzo para salvar el abismo que existía entre ellos, era para él muy embarazoso. Clara no había dicho nada de su propio esfuerzo. Su proceder mostrábale a él el camino. Esta falta de intimidad entre ellos hacía a veces que se sintiese escasamente más próximo a ella que alguno de sus amigos. Había una cosa que Pablo no podía destruir, aun en momentos en que algún impulso o situación parecían unirlos estrechamente. Conocía que Clara sentía esto tan vivamente como él mismo. Afrontándolo, sonriéndose uno a otro, aguardando que una fuerza superior les sugiriera un medio, no hablaban nunca de eso. Cada uno de ellos estaba confiando y luchando para que esa cosa se desvaneciese. Pero persistía a pesar suyo.

Cada día Pablo veía en su esposa algo nuevo e inesperado que acrecentaba su admiración hacia ella. Clara llegó a familiarizarse con la mina. Calzóse unos chanclos y exploró con él aquellos enlodados abismos. Entre los amigos de Pablo ella no hacía ningún distinguo, y saludaba y sonreía tan placentemente a un jefe o a un obrero como a los demás en la colina. Para él, más raro que todas estas cosas, era la intimidad que ella tenía con Carla Haldan. Después de los primeros días de su llegada al Mistassini permanecían juntas gran parte del tiempo que Carla tenía libre. Aun durante sus horas de trabajo, Clara iba a reunirse con ella, y hablaba a los pequeños de las clases de Carla acerca de los niños y niñas de otros países, e iba a conocer a sus madres y hasta en algunos momentos llegaba a ocupar el sitio de Carla entre ellos.

Carla fue de nuevo a la oficina, pero siempre con Clara. Era distinta de la Carla que le traía flores, tan distinta, que cuando se quedaba solo y pensaba en ella, Pablo experimentaba la penosa sensación de haber perdido algo, como si alguien muy querido para él hubiese muerto, dejando sólo tras de sí sus recuerdos. El hecho paradójico que a él le emocionaba era que Carla parecía sentirse extraña y espontáneamente feliz. Los apacibles y maravillosos abismos de sus ojos, con sus escondidos lagos y sus cambiantes matices que reflejaban el pensamiento, se habían desvanecido. Carla aparecía animada y alegre, y tomaba parte espontáneamente en los pequeños asuntos sociales del campamento, de los cuales había permanecido siempre más o menos alejada. Hablaba solamente un poco de Peribonka y de los bosques y de los lugares que a ella le gustaban, pero parecía anudársete el corazón al escuchar las coloridas descripciones que hacía Clara de los lugares interesantes que había visitado. Las dos se tenían verdadero afecto. Cualquiera que fuese en otros aspectos su incertidumbre, no cabía duda acerca de aquel sentimiento de mutua estima que rápidamente había brotado entre ellas.

Una tarde Clara dijo a Pablo:

—Es raro cuán profundamente me intereso por Carla. Hay algo en ella que me hace salir de mi misma, sugestionándome. Y estoy viendo que es cada vez más imposible pintarla como yo la quería; está completamente cambiada. ¿Dónde está, Pablo, la verdadera Carla? ¿Qué le ha sucedido? ¿Lo sabes tú?

Tenía la cabeza algo inclinada sobre su pecho, fijos los ojos en una cinta en que

estaba trabajando, y no miraba a Pablo.

—También noté en ella ese cambio —dijo él—. Se ha producido desde que tú has llegado. Creo que has contribuido a librarla de la terrible pena que la oprimía desde la muerte de su madre.

Clara sonrió nuevamente a su marido. Durante unos momentos hubo en sus ojos una expresión contemplativa, como si estuviese mirando, no a él, sino a un niño.

—¿Crees que desde que yo vine es más feliz?

—No me cabe ninguna duda declaró él.

—Pero no puedo pintarla. Y eso es a causa de que... hay tanta felicidad detrás de lo que nos muestra su semblante.

Al embarazoso silencio de Pablo, añadió ella:

—Estoy preguntándome por qué trata de hacerme creer a mí que es feliz, Pablo.

Antes de que él pudiese contestar, empezó Clara a contarle la conversación de aquella mañana con los niños de la escuela de Carla.

Capítulo VII

Una alegre jira que acaba trágicamente

CLARA llegó al Mistassini el primero de junio. Era el día quince cuando se fueron a lo que Pablo llamaba la Gran Garganta, diez millas más lejos de los bosques rocosos, Ésta es la efeméride que permanecerá por largo tiempo grabada en los calendarios de las gentes de corazón sencillo que habitan al norte del lago San Juan, a causa del milagro allí acaecido. Es casi una fecha digna de ser canonizada. Los sacerdotes hablan de ella y el pueblo la señala como un día de una infalible prueba del poder de Dios.

No hay recuerdo para Lucy-Belle, aunque fue ella quien organizó la expedición a la Garganta. Además de ella fueron su marido y Pablo, Clara y Carla. Dos días antes de la excursión, Pablo mandó algunos hombres a las ásperas y estrechas rutas, para limpiarlas de estorbos, igualar los márgenes y arreglar el suelo, ya que tenían que hacer el viaje a caballo.

Pablo había visto a Clara empalidecer y temblar ante la espumosa agitación, del Mistassini, chocando eternamente contra sus rocas, del mismo modo que había temblado un día, al atardecer, en un oscuro y sombrío pasaje del bosque, donde, sobre sus cabezas, el viento silbaba entre las copas de los pinos. Pablo le había tomado la mano, y los dedos de ella se cogieron estrechamente a los suyos, como si estas cosas que gustaban a su marido le causasen a ella horror. Durante la mañana de este extraordinario día, quince de junio, con un sol espléndido y rodeados de pájaros, Pablo y Derwent iban un poco atrás de sus mujeres y Carla, y jamás Clara había parecido más encantadora a su esposo. Su hermoso cuerpo parecía vibrar con las emociones del día, su voz era dulce al oído, sus ojos llenos de alegría, hasta el extremo de que Pablo podía casi llegar a creer que a su esposa le gustaban las cosas que estaba afrontando, y que hasta entonces le habían angustiado. Su rubia cabeza descubierta, y la negra de Carla, avanzaban juntas, una de ellas brillando esplendorosamente al sol, la otra ricamente lustrosa, con fulgurantes lagos y mares de sombra. Durante media milla siguieron la ruta tan cerca el río que su bullicioso estruendo les ahogaba la voz, y sutilísimas nubes de espuma venían a mojarles la

cara.

En este sitio Pablo cabalgaba al lado de su mujer, y la veía sonreír y esforzarse para ocultar el efecto que todo esto le producía. Luego, entre las estrechas, rocosas profundas rutas hacia la Garganta, con Pablo a la cabeza de la pequeña procesión y Derwent al final, parecían una caravana de indios. Ocasionalmente la ruta se ensanchaba, de modo que Pablo podía retroceder y cabalgar al lado de Clara, y cada vez notaba en su cara en sus ojos, un poco más acentuado, aquello contra cual estaba ella luchando: su aversión por los bosques sombríos y los pantanos oliendo a tierra y los fragmentos de roca de los collados que estaban atravesando.

Hacia media mañana llegaron a la Gran Garganta. Los que la han visto no podrán olvidar jamás el espectáculo de sus atronadoras aguas precipitándose a un dedo del cavernoso Lauréntidas, estallando al aire libre en huracanados remolinos, luego estrechándose para formar un sombrío alud de aspecto oleaginoso y de una fuerza irresistible mientras penetra en una hendidura cuyas paredes de roca son cada vez más altas y cerradas, hasta que, al fin, su furia y su voz desaparecen de nuevo entre las concavidades de los Lauréntidas, haciendo temblar la tierra con sus subterráneos rugidos y aullidos.

El efecto que a Clara le produjo no fue el que Pablo había previsto. Quedóse pasmado al ver que era ella quien propuso preparar la comida al borde del gran bloque de roca que se abalanzaba a la corriente y desde donde podrían contemplar el maravilloso juego de agua que se desarrollaba a sus pies.

Esta roca, de algunas áreas de extensión, estaba cubierta de inmundicias que absorbían continuamente la humedad del río, así es que aparecía revestida de una capa de hierbas y flores que constituía como un oasis de belleza en el corazón de un panorama de aspecto rocoso, que de otro modo habría ofrecido un aspecto repulsivo. Fue también Clara quien escogió el sitio que les serviría de mantel, y quien luego arregló sus sitios de manera que todos sentados pudiesen mirar hacia la boca de la grieta principal, varios centenares de metros río abajo desde la roca que, como un inalterable guardián, sostenía ante ellos sus posesiones. Entre el lugar que ocupaban y el abismo de la Garganta había un negro e irresistible torbellino de agua que ofrecía el aspecto de una ola de aceite hirviendo en su carrera hacia la boca de un inmenso embudo. A la mitad del camino del orificio, una roca que paulatinamente iba gastándose con las edades, sacaba su negra y abatida cabeza fuera de la corriente, cortándola como un cuchillo en dos partes iguales. Ni sus irregulares dientes de piedra estaban salpicados por la brillante blancura de espumas o burbujas, ni siquiera un sonido llegaba por esa parte del canal, excepto un tétrico murmullo y silbido, lo que prestaba todavía mayor realidad a la idea extravagante de que el agua debía de metamorfosearse en aceite antes que el cuello del abismo la engullera. El tumulto principal venía del otro lado de la mesa de roca, donde durante media milla o más, los inmensos batanes del lecho del río acuchillaban y torcían la corriente que se precipitaba; hasta, pensó Pablo, era una cosa bella y alentadora mirarlas desde arriba.

Sin embargo, Clara escogió el lado más sombrío y siniestro, con una escena bajo sus ojos que eran a la vez colosalmente temible y desagradable.

Mientras comían, ella dejó conocer a Pablo por vez primera algo del raro temor que se posesionaba de ella, siempre que se hallaba cerca de la furia de una corriente impetuosa. Sorprendióle que Clara hablase de esto ahora, y no cuando habían estado solos. Derwent provocó la confesión diciendo, en respuesta a una pregunta de Carla, que no había ser viviente de cuantos habitan la tierra que pudiese sobrevivir más de unos pocos segundos en el oleaginoso Caribdis que estaba debajo de ellos.

Clara encogió sus delgados hombros y miró sin espanto a lo que Derwent atribuía la omnipotencia de la superdestrucción.

—¿Se ha sentido obsesionado alguna vez por un sueño? —preguntó ella— Yo lo he estado desde mi infancia. La mayor parte de los niños sueñan que se caen desde una escalera, o desde lo alto de una casa, o que ven duendes, o que huyen de un peligro; pero yo siempre soñaba con el agua. Y esto ha persistido en mí. El agua me asusta terriblemente, pero sólo cuando está alborotada. El océano me causa terror cuando se desencadena. En Cornualles encontré un paraje muy bonito para pintar, pero las olas venían siempre a estrellarse contra las rocas, y me alejaron de allí. El agua, como la vemos aquí debajo de nosotros, no me turba lo más mínimo. Es tan suave y lisa como la ondulación del cabello de Carla cuando está suelto... tan blanda y aterciopelada en sus repetidos remolinos que casi no puedo creer lo que ha dicho usted, doctor Derwent. Yo me echaría dentro sin temor, y en cambio jamás tendría coraje para llegar ahí detrás, donde se deshace en espuma.

—Allí se podría vivir..., aquí no hay ninguna posibilidad de ello —dijo Derwent.

—Casi logro imaginarme que andaría sobre ella sin mojarme los zapatos; tan firme y consistente parece —insistió Clara.

—¿No se ha encontrado usted nunca en la cima de una montaña mirando abajo las nubes, y pensar cuán bonito sería saltar sobre alguno de los niditos que ellas forman? —preguntó Lucy-Belle—. Yo sí. Y creo que una vez lo habría hecho si Colín no me hubiese contenido. Él dice que hubiese tenido que andar otra milla después de haber alcanzado la nube. Pero esto de aquí abajo no me atrae como una nube blanca y hermosa, toda llena de plumas. Me hace pensar en una boa que hace contracciones corriendo hacia un escondrijo. Yo no probaría a andar sobre ella, ni saltar ahí, a no ser que Colin se cayese en ella y yo tuviese que auxiliarle.

—¿Iría... entonces? —preguntó Pablo tras una ligera pausa.

Lucy-Belle meditó un momento.

—Claro que iría —dijo ella—. ¿Supone usted que le dejaría ir solo dentro del túnel?

—Me maravilla. La vida es un don precioso. En noventa y nueve por ciento de casos es más atrayente que la persona con quien vivimos. Nosotros no idealizamos a las mujeres que se arrojaban a una pira en los funerales de su marido en la India. ¿Verdad?

—No lo creo así. Su sacrificio estaba inspirado por él deber y una fe religiosa. Ni una cosa ni otra ocupan el lugar del amor. Pero si Colín estuviese allí, yendo a una muerte como ésta, yo quisiera ir con él. Yo iría. No sé explicarlo. ¿No hay en ello una diferencia?

—Sí... una diferencia que es infinita —dijo Clara—. En este ejemplo una mujer se uniría en la última hora de la vida con el hombre que amaba, a fin de poder estar juntos en el momento supremo. Sería el caso de optar entre permanecer con él unos minutos más o de vivir sin él unos años más, y para una mujer los minutos medidos por el amor son más preciosos que los años sin amor.

—También es así para un hombre —contestó Derwent estrechando por un momento la mano de su mujer—. Yo no pienso que dudáramos en echarnos al agua. ¿Verdad que no, Pablo?

—No.

Pablo miraba a Carla, que estaba pensativa examinando el viscoso remolino del agua debajo de ellos. Carla levantó la cabeza casi en el mismo momento en que él le dirigía la mirada. Sus labios se movieron como si por un momento fuera a hablarle, y a hablarle a él solo. Luego concentróse, y volvió de nuevo su vista al río.

—El amor de una mujer para un hombre no es siempre así —dijo ella, y algo en su voz hizo estremecer singularmente a Pablo—. Pienso que hay un amor tan grande que sería cobardía morir deliberadamente por él; un amor tan completo que cuando su otra mitad desaparece queda todavía el gran goce de su recuerdo. Es malo quitar el aliento a la vida humana por tal amor y por el egoísta deseo de no vivir solo. Yo pienso, Lucy-Belle, que si se llegase a una prueba real, Dios te daría fuerza para detenerte. No querrías morir. Querrías vivir y conservar los recuerdos de vuestro amor, como un jardín de hermosas flores.

Fue como si la campana de una catedral hubiese tañido suavemente entre ellos, tan raramente dulce y maravillosa era la voz de Carla. Carla lo conoció. Éste fue el pensamiento que se le ocurrió a Pablo y se comunicó a los demás. Ella había pasado a través del fuego que su mujer y Lucy-Belle estaban solamente adivinando y era, no de sus labios, sino de su alma de donde había venido, la evidencia. Clara, al lado de Pablo, tuvo un pequeño sobresalto, y sus ojos se llenaron súbita y vívidamente de luz cuando miró a Carla, como si en un segundo se le hubiese revelado una verdad grande y medio esperada. Más extraño aún que el cambio de expresión de su cara fue el modo como buscó la mano de Pablo y la tomó tierna y calurosamente entre las suyas. Jamás le había comunicado ella una sensación que le hubiese conmovido tanto como en estos momentos. Pablo le cogió las manos y se las estrechó. Pero él estaba mirando a Carla.

Lucy-Belle, de un salto, se puso de pie e hizo seguir a Derwent.

—¡No seamos sentimentales! —exclamó—. Voy a tirar toda clase de cosas a mi boa pavorosa y a ver lo que hace con ellas. Esto para empezar... —E hizo girar en el aire un plato de cartón que trazó curvas y círculos, hasta que brillando graciosamente

sobre la superficie del torrente de abajo, fue cogido como una pluma y arrebatado con la velocidad de una bala hacia el estómago de la Garganta.

Clara dio un gemido de espanto.

—Yo no soñaba que el agua tragase tan velozmente —exclamó—. Pero ¡mirad! ¡Es como yo decía! El plato se va... ha desaparecido dentro del túnel... y ni una vez ha sido removido ni tumbado. Allí detrás, donde el agua se estrella y brama, hubiese sido destruido.

—¡Esperad! —dijo Derwent. Hizo rodar el corto leño que había usado para sentarse hasta el borde del peñasco, y, con ayuda de Pablo, lo volcó y lo arrojó al fondo—. ¡Ahí va un hombre! —dijo riendo—. ¡Ahora veremos lo que sucede!

Permanecieron al borde mismo de la mesa de roca y vieron el tronco chocar contra el agua. Hubo una salpicadura oleaginosa y el tronco fue empujado algunos metros tan mansamente como lo había sido el plato. Una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de Clara, que luego fue substituida por una mirada de espanto. Una mano se extendía hacia arriba, una mano terrible, oculta, que agarró el tronco como una cosa viva y lo arrastró hacia abajo, hasta que no quedó rastro ni sombra de él en la líquida serpiente que corría a sus pies.

Todos acechaban sin aliento. Medio minuto después, como vomitado por el monstruo que lo había engullido, el tronco reapareció cerca del inmenso colmillo que dividía la corriente, chocó contra él y saltó fuera del agua hasta la mitad de su longitud; luego retrocedió y desapareció de nuevo, esta vez para no ser visto ya más.

—Desaparecido —dijo Derwent—. Y si usted estuviera al otro extremo de la Garganta, cinco o seis millas lejos de aquí, jamás vería flotar ese tronco. Ya está partido en pedazos, extinguido junto con lo que hay entre las paredes de esta grieta, que nunca hombre alguno ha explorado, ni nadie explorará jamás. ¿Está usted satisfecha?

Clara estaba temblando, con los ojos muy abiertos.

—Ahora lo veo —dijo.

Lucy-Belle se había puesto un poco pálida.

—Sin embargo... yo saltaría dentro sostenía mirando a Derwent.

De nuevo Pablo miró a Carla. La tranquila y plácida belleza de su cara parecía haberse acentuado con lo que habían visto.

—¡Y lo extraño de esto es que todavía son tantos los que no ven en la Naturaleza la mano de Dios! —dijo ella, sólo para él—. ¿Es posible que, cegados por nuestro egoísmo, no entendamos nunca la significación de cosas como ésta? Hay una palabra escrita en la mano de Dios, exactamente como Peribonka con su dulzura y brillante sol es otro y diferente mensaje para nosotros. Eso es lo que yo creo.

Pablo asintió.

—Y yo también —dijo, y sentía el deseo de estrechar contra su pecho la cabeza de Carla y tenerla allí asida.

La tentación le perseguía, y poco después, movido por la dulzura de sus maneras

para con él, susurró a su mujer:

—¡Clara, eres encantadora! ¡Dios sabe que espero algún día hacerte feliz!

—Ya lo harás —contestó ella, y el suave misterio de su voz y de sus ojos le produjo una profunda emoción.

Hasta que el juego se hizo algo pesado, trajeron palos y troncos del borde de la selva y abastecían, con ellos las invisibles manos de la corriente. El resultado era siempre el mismo, excepto que las cortezas y las hierbas y los troncos muy ligeros corrían velozmente y con toda seguridad, como el plato de cartón-cuero, como si fuesen demasiado insignificantes para atraer la atención de debajo. Pero con los objetos que pesaban más se producía una variación tan pequeña que los espectadores sobre la roca estaban pasmados y fascinados y tomaban como pasatiempo el acertar cuántos segundos transcurrirían antes que la enorme serpiente de Lucy-Belle escupiera un objeto y volviese a tragarla de nuevo.

Al final del juego, Pablo y Derwent hicieron rodar desde el borde del bosque un tronco de cuarenta pies, que había estado tanto tiempo secándose al sol y al viento que podían sostenerlo en sus hombros, y antes que fuese lanzado, los cinco hicieron sus apuestas, acordando que al día siguiente, el que perdiese, invitaría a las cuatro restantes a comer.

—Siento el capricho de atravesar la Garganta cabalgando en este tronco — exclamó Lucy-Belle—. Deseo —saber qué es lo que hay debajo, entre estas paredes que dices que nunca nadie ha explorado, Colin. ¿Qué supones que hay?

—Un infierno de diablos, me imagino —respondió su marido.

—Puede que no. Las Hadas deben vivir ahí —insinuó Clara.

—Un paraje sombrío y sin luz, donde unas bellas ninfas sin ojos juegan en la oscuridad añadió Pablo.

—O el reino de *Micomición*^[4], donde se forjan los sueños y se envían a la tierra — dijo Carla.

Derwent se dispuso a hacer un último esfuerzo para lanzar el tronco.

—Yo insisto en que es un lugar de diablos y muerte. Sin embargo, como a Lucy-Belle, me gustaría ver qué hay allí. ¡Al fin y al cabo, son cincuenta millones de años de... misterio! ¿Estás a punto, Pablo?

—Lo estoy.

El tronco empezó a caer, y cuando llegaba al fin se ladeó como una cosa viva y fue a dar contra Pablo. Aun antes del golpe... cuando sus, ojos, con la rapidez del relámpago, pudieron ver que el tronco se le venía encima, un súbito grito llenó su conciencia, y cuando el tronco le cogió, vio que Clara con su exclamación probó de advertirle. Después, todo había concluido para él. Con precisión fotográfica sus ojos enfocaron su suerte, El agua parecía alcanzarlo y atraerlo a su oleaginoso seno, Y por un breve instante después de esto tuvo una sensación nada desagradable de su situación. Por una razón inexplicable no sentía temor ni terror, aun cuando la corriente, que era irresistible pero suave, le empujaba hacia abajo. Veía que esto era la

muerte, la muerte de que había ligeramente hablado y bromeado; sin embargo, su presencia en torno de él no le quitaba la facultad de su visión y juicio, ni le asustaba el luchar con ella. Pablo subiría otra vez, vivo, junto al dentado colmillo de roca; después de esto llegaría su fin, y en tal momento, estos segundos le parecían eternidades de vida. Su esposa, Carla, Lucy-Belle y Derwent estaban todavía más cerca de él que el toque final de la muerte; él los vería, especialmente a Clara y a Carla, cuando se volviesen para considerar aquellos pocos momentos de gracia que el monstruo subterráneo le daría. Aquellas dos mujeres y la suprema fe que había labrado una relación entre él y las supremas fuerzas de la Naturaleza le daban, instintivamente y sin esfuerzo, ánimo para no asustarse.

Los vaivenes y reflujos de la contracorriente le condujeron con una completa y deliberada calma, que no le causaba ninguna incomodidad física, excepto la de cortarle la respiración. Sin embargo eran tan poderosos y estaban tan completamente seguros de su fuerza, que cuando hizo un esfuerzo para ganar la superficie, era como si luchase contra una pared de madera. Para conservar el aire en sus pulmones se abstuvo de hacer nuevos movimientos, y cuando, por fin, llegó junto a la roca y sintió el aire fresco en su cara, no sufrió mayor molestia que la que hubiera experimentado si voluntariamente se hubiese zambullido. Su primer pensamiento fue el tronco; el segundo, el diente de granito. Enfrente de éste, un momento después, se sintió lentamente elevado, y sacando afuera sus manos percibió el viscoso y fibroso contacto de algo parecido a una cuerda de cierto grueso que se hubiese amontonado cerca de él, debajo de la superficie del agua. Los hierbajos y desechos del río se habían arrollado como un duro cinto alrededor de la roca y se habían adherido tan firmemente a ella que, por un momento al menos, comprendió que resistirían su peso en el absorbente lecho, que estaba ya empezando a atraer sus miembros.

Miró hacia la roca, y levantó una mano para saludar a los cuatro que estaban arriba. Con la distancia y el agua que tenía en sus ojos no pudo sacar en claro si era Clara o Carla o Lucy-Belle. Pero algo le dijo que era su esposa la que estaba más cerca del borde con los brazos tendidos hacia él.

Y luego, sobre la roca, una mujer dijo a otra:

—¿Vas a ir con él?

La mujer que hablaba, mirando de hito en hito, con las ojos muy abiertos... inmóvil... sin voz... y después de un momento de tensión, esperando a la otra, dijo:

—¡Pues... voy yo!

Capítulo VIII

Toda una mujer

PABLO vio el sutil cuerpo precipitarse rápida y decididamente en el espacio, y en la incertidumbre de su visión, un impulso instintivo y obstinado le decía que era el de Clara. Del peñasco llegó hasta él una exclamación penetrante de mujer, pero los labios de Pablo no dejaron escapar ni un grito de horror, ni sonido alguno, excepto una inarticulada y jadeante respiración en cuanto la figura dio contra el agua y desapareció. Una espantosa y asoladora debilidad se apoderó de él, una enfermedad mortal, una cosa que le hacía perder la presión de sus dedos adheridos a la franja de hierbas, y le hacía del todo impotente contra la subyugadora fuerza que le arrastraba hacia dentro. Por un instante su cerebro se nubló. Empezó a hundirse, suave y lentamente, como si las crueles y mortíferas manos de debajo temiesen despertarle de la inercia en que momentáneamente había sucumbido. Luego el agua le azotó el rostro y le sobresaltó. Cerebro y corazón palpitaron ante este aviso, e impetuosamente saltó hacia arriba y se cogió de nuevo a las hierbas que colgaban de la roca, permitiéndole levantar el cuerpo hasta que sus hombros estuvieron de nuevo fuera del agua. Oyó gritar a Derwent, como si éste estuviese a la distancia de una milla, pero él no prestó ninguna atención a los gritos, ni miró el peñasco. Su pensamiento era que Clara se reuniría con él dentro de uno o dos minutos. Ella saldría a la superficie junto a la roca, y Pablo debía estar prevenido para sujetarla y sostenerla junto a él hasta que las hierbas cediesen o aconteciera un milagro.

A cinco o seis pies de Pablo, donde el agua era como un charco de aceite, sin movimiento, un pequeño tumulto agitó súbitamente la superficie... fue un cambio de luz, la aparición de algo tangible y obscuro, una nebulosa mancha que se trocaba ante sus ojos en algo real, una flotante masa de cabello. El sol resplandecía, el agua era casi negra, pero no había brillo alguno de oro en cuanto veía. El cabello era obscuro. La cara de Carla vino por un momento a formar parte del espectáculo. Parecióle a Pablo que los monstruos que vivían cerca de la roca la sostenían, en honor suyo; veíala con una sonrisa en sus labios y en sus ojos, de cara a él y tendiéndole los brazos. Pablo estaba medio alucinado y podía haber imaginado algo de lo que veía.

Pero Carla estaba allí. Ella, no su esposa, había venido a reunirse con él en la muerte. El quieto y terrible drama le retuvo de llamarla por su nombre, mientras esperaba que ella llegase al alcance de sus manos. Pero la corriente no se la condujo más cerca. Durante un segundo, dos, tres o cuatro, se la alejó de él, y cada uno de estos segundos era tiempo de vida que pasaban. Luego vio ensancharse la distancia que había entre ellos, y mientras se ensanchaba observó que lo que había debajo empezaba a arrastrar a Carla. Ella no luchaba ni daba voces, sólo levantaba las manos de tal manera que Pablo pudo ver que le estaba esperando, y esperándole como si se fuese a su reino de *Micomición*, a su país de ensueños.

Haciendo hincapié en la roca para separarse de allí, Pablo se alejó a nado, y cuando los ogros del lago arrastraron a sus víctimas, Carla estaba en sus brazos. Su cerebro estaba de nuevo sutilmente despierto, y conocía que una yunta de bueyes hubiera tratado en vano de arrancarles a las subcorrientes, que, una tras otra, iban transportándolos irresistiblemente, aunque sin gran prisa, a través del líquido elemento. La idea de salvación física apenas infiltraba en su mente un rayo de esperanza, y sus sentidos no estaban aterrorizados por la sofocante presencia de la muerte. En Carla hallaba su fortaleza y su ánimo. La sintió adherirse a él, con el mismo deseo de permanecer inseparables cuando el fin llegase. ¡Qué raro! Un reino de *Micomición*... un país de hadas... un mundo de ensueños... Ellos iban a todo esto. Entre unas paredes donde nunca nadie había mirado. ¡La Muerte! ¡Una magnífica aventura, con Carla en sus brazos! Un rugido llenaba sus oídos. Ahora navegaban de nuevo rápidamente. Sus sentidos percibían menos distintamente, como cuando los colores se confunden uno con otro en el cielo, al atardecer. Era singular que esto terminase así, después de unos años de vivir... él... y Carla... juntos... como si hubiese sido proyectado desde el principio. ¡Una feliz benevolencia del Destino, una cumplida sinfonía inmortal... disiparse así con Carla, no importa cuántos siglos hubiesen pasado antes! Y alguien... su mujer... había dicho..., que así..., los segundos contaban más que los años...

Aquello levantaba un ruido enorme; sus rugidos eran como el viento de la cueva de Edo, su estruendo como los soplos de *Estentor*^[5] retumbando por las vacías entrañas de la tierra. A Pablo le entorpecían y anesthesiaban y le dejaban aún unas pocas células vivas, lúcidas, que le decían que se estaban alejando a través del tragadero de la Garganta, y que, al mismo tiempo, ataban sus brazos inflexiblemente, como fajas de acero, alrededor del cuerpo de Carla.

Aunque junto al borde de un abismo de absoluta obscuridad, no perdía del todo la conciencia. Vagamente experimentaba la sensación de ser transportado desde un infierno de tumultuosos ruidos a un blando mar suavemente elevado, donde no había ruido ni violencia. Durante un intervalo imaginó que sus brazos eran alas y que intentaba volar, haciendo de aquéllas un mal uso porque una parte de él rehusaba funcionar coordinadamente con la otra. Ésta era el brazo, sólo un brazo, ahora con que cogía a Carla. Con el otro, al poco rato, se encontró que estaba arañando y

cavando en algo. Puede un hombre vivir cien años, pero cuando está a punto de morir y mira hacia atrás, de un extremo a otro del camino por donde ha viajado, le parece muy corto, y cien años poco más que unas horas. Pablo había reflexionado sobre la ilusoria e insondable fábrica del tiempo la manera inadecuada y ficticia con que humanamente se mide. «Aquel que es feliz tiene sólo una fugitiva visión, de la vida —le había dicho Carla una vez—. Para vivir mucho y terriblemente, se debe ser feliz, o estar encarcelado». Era raro que estuviese pensando en esto mientras continuaba arañando y agarrándose. Pero el tiempo se le había pegado como una sanguijuela, y si cada segundo de su desvelada vida hubiese sido tan largo como esos pocos segundos, Pablo habría vivido mil años. Durante este ciclo de su existencia actuaba despacio y pesadamente, hasta que llenando nuevamente de aire sus pulmones, y sacudiéndose los sofocantes repliegues de su insensibilidad, conoció que ya no estaba en el agua, que sus dedos palpaban la blanda arena y que, el peso que había arrastrado consigo era Carla.

Mediaba escasamente un soplo entre este conocimiento y la aguda posesión de cada facultad de que su cerebro era capaz. Pero la obscuridad, el misterio, la derrota de la muerte, y el hecho de su propia salvación física estaba todo pospuesto de momento a un agonizante llamamiento a la débil y muerta forma que él estrechaba en sus brazos. Los espíritus de la arenosa obscuridad que le rodeaba oían su voz nombrando a Carla, mientras luchase para devolver la vida a su cuerpo. Una vez asistió a una niña que había sido extraída del agua, y ahora a Pablo se le avivaba la memoria del primer débil latido del corazón, del lento retorno del alma al tierno cuerpecito, hasta que la niña vivió y respiró de nuevo. Pero el suave pecho de Carla no respondía. Sus labios estaban fríos y sin vida, y, por fin, creyéndola muerta del todo, juntó la cabeza de Carla a la suya y besó su boca y sus ojos, como el padre de la pequeñuela había besado a su hija en el momento en que le fue devuelta. Cuando el primer soplo de aliento salió de los labios de Carla, él la tenía así cogida, mirando vagamente en la obscuridad, y, junto a su propio corazón, el de ella respondió al llamamiento a la vida palpitando débilmente. Sus labios se avivaron. Abriéronse sus ojos. Pablo la besó de nuevo en la obscuridad en que estaban encerrados, y halló que estaba viva.

Él no gritó ni habló, sólo peinó su espeso y húmedo cabello hacia atrás, juntó estrechamente su cara a la de ella, y esperó. Al recobrar la conciencia, Carla deslizó los brazos alrededor del cuello de Pablo. Sus labios susurraron su nombre. Por unos momentos resultaban fútiles las palabras. Sólo en silencio podían clamar uno a otro, silencio de la voz donde otro sonido estaba gimiendo y latiendo entre ellos. Ambos conocieron lo que aquello significaba mientras los segundos transcurrían. Habían entrado por la boca de la Garganta, y estaban detenidos en una cueva subterránea. Una suerte. Un milagro. Dios. Podrían poseerse uno a otro, al fin, levantada la barrera que existía entre ellos. Ésta era la idea de Carla, y sus brazos estrechaban más y más a Pablo. Ahora él le pertenecía, ya que no había más mundo que éste... un abismo de

oscuridad, con la muerte en las paredes, una tumba insondable, donde el amor, por un espacio de tiempo, había edificado para ellos «las grandes gradas del altar del mundo, que subían desde la oscuridad a Dios».

Ella estaba a punto de pronunciar estas palabras. En lugar de esto, murmuró:

—¿Estuvo bien que yo viniese, Pablo? ¿Estás... contento?

—Ahora... comprendo que yo te esperaba —dijo Pablo.

Capítulo IX

El divino milagro del amor

HACÍA un rato que estaban de pie en las tinieblas.

El sordo gruñir de la cueva hería más distintamente sus oídos, mientras Pablo sostenía a Carla junto a su pecho. Escuchaban, como si esperasen oír una voz, y Pablo apretaba sus labios al cabello de ella, en que por tanto tiempo había deseado reposar. Cuanto oían era distinto de todo lo del mundo exterior. Los rugidos y aullidos ya no se percibían; en su lugar había como una sombra de cadencia que se movía y agitaba en torno de ellos, pero que mayormente parecía venir de una vasta cúpula que estuviera sobre sus cabezas. Era como algo que probaba a escaparse, de tal suerte que cuando estaba más cerca parecía golpearles la trompa de sus oídos con unas pequeñas cachiporras, resonando y zumbando luego como un inmenso diapasón en el cerrado mar de oscuridad. No había ninguna pausa en aquella continuidad sonora. Era una eternidad de sonido sin mudanza. En un momento podía inducir algo vivo a desencadenarse.

Pablo estaba luchando con su horror. El temor que no había logrado posesionarse de él entre las sofocantes garras de la corriente, ahora le encadenaba horriblemente. Esto a causa de Carla. Hacía unos minutos que la presencia de su cuerpo entre sus manos le había llenado de felicidad, en momentos en que la muerte se aproximaba velozmente; ahora que estaban vivos y rodeados de aire para respirar, su corazón empezaba a temer por la suerte de ambos, casi con una malévol aaversión. Uno sería feliz muriendo —pensó él siempre—. Reconocer la belleza de la muerte había llegado a formar parte de su religión. Era un don de Dios, un premio por haber vivido honestamente. Jamás había temido a la muerte. Pero el temor empezaba serpear en él en estos momentos. Aquí había un infierno, una desesperación de calabozo, una noche ceñida y perdurable. En este Gehenna de tormento sus almas y cuerpos estaban destinados a desintegrarse paulatinamente de una manera que parecía inmunda y miserable. Rápidamente medía él el significado de la rara obscuridad, y del sonido raro, mientras los espíritus de Abaddon y Apollyon andaban alrededor de su alma. Debajo de las paredes de roca, con una montaña encima, había el estómago de la

misteriosa serpiente de Lucy-Belle. Milagrosamente habían entrado allí vivos, pero acaso ya no podrían salir... Como si súbitamente la obscuridad hubiese dado paso a la luz, vio él una imagen del sepulcro de ambos, y este espectáculo le hizo volver cobarde. Sus brazos le hacían traición al estrechar temerosamente a Carla para protegerla de lo que veía. En contestación, ella con la mano le apretó la cara suavemente. Pablo estaba asombrado de que ella estuviese tan caliente. Y más asombrado aún de la suavidad y dulzura de los labios de Carla cuando en la obscuridad se encontraron con los suyos.

—Yo no estoy asustada —decía—. ¿Y tú?

Su voz sonaba igual que si el sol hubiese estado brillando, y algo había en ella para Pablo que no había tenido nunca. Era una suerte de regocijo, una alegría que vibraba en la obscuridad, y que al propagarse a él causábale una anegadora emoción de vergüenza y triunfo.

—¿Asustado yo? ¡Buen Dios! ¡No!

Ella se soltó de sus brazos y quedóse de pie junto a Pablo, teniéndole de la mano.

Sus voces habían desvanecido la tensión que experimentaban, y la vida acercóseles más y se hizo más segura. Él quería ver a Carla, y tentó sus bolsillos calados por el agua, buscando la caja metálica de fósforos.

—Voy a sacar una cerilla, Carla. ¡Quiero verte!

Una oscilante llama amarilla abrió una brecha en las tinieblas. Uno a otro se devoraron con los ojos hasta que se apagó. Carla era como un ángel. El amor, transformando la muerte en un feliz incidente, comunicaba al fin a sus ojos una franca aureola, claramente revelada para él.

Conoció que únicamente la porfía de su Destino podía hacer que ella le mirase así, mientras Clara vivía y esperaba en otro mundo exterior. Clara parecía infinitamente alejada de él, a un siglo de distancia, era una chispa de recuerdo, polvo de estrellas, y de ella se acordaba como del fósforo que acababa de apagarse. Su esposa podía ir viviendo. Él y Carla estaban a punto de morir. Había visto la inteligencia y seguridad en los brillantes abismos de los ojos de Carla, cuando la diminuta llama iluminó sus rostros.

La joven, sin palabras, le había dado a entender que los vínculos terrenos estaban rotos para ella, puesto que la tierra no existía ya para ninguno de los dos. Durante unas cuantas horas vivirían en un mundo todo suyo. Después... reposarían en un sueño perdurable... juntos. Pablo reaccionó espiritualmente de la impresión de terror y temor que le había subyugado. Sentirse seguro de que Carla lo conocía, y de que al conocerlo se había entregado a él..., que no sentía ningún temor, sino que era feliz en la liberación que un próximo fin de la vida hacía posible para ellos, llenóle de una emoción que quitaba a su breve futuro su áspero y feo horror y le daba un aspecto casi alegre.

Como si se hubiese asociado a él en los pocos segundos que estuvo pensando eso, Carla le hablaba dulcemente, dándole de nuevo la mano, en la noche que les rodeaba.

—¡Quiero oírlo de ti, Pablo! He soñado, y aun he rogado en mi perversidad, y he imaginado oír tu voz contándome la historia. Por esto he pedido muchas veces a Dios que me perdonase. Pero ahora es de razón y justicia. Quiero oírte decir que... me amas.

—Sí —dijo Pablo—. Y ahora... conozco... que te he amado desde el principio del tiempo, antes de venir al Mistassini, antes de nacer a esta vida... mil o un millón de años yo he adorado esta alma que eres tú. Conozco que en otro tiempo (puede que hayan pasado siglos) tú me pertenecías.

—Te he pertenecido siempre —dijo Carla—. Tuyo es el amor que yo creía perdido sin esperanza... allá arriba. Pero morir contigo es justo para mí. ¿Puede haber ahora entre nosotros una sombra de duda?

—Estoy seguro que no —dijo Pablo.

—¿Te gustaría vivir?

—Sin ti, no.

—¿Y no hay ninguna posibilidad... ninguna esperanza de salvarnos?

—No puedo concebir ninguna. No hay fuerza capaz de contender con los remolinos del cuello de esta hendidura. Hacia el otro extremo todo es tierra por descortezar, mientras el agua va saliendo por la Garganta. Y estamos cogidos entre ambas cosas.

Con toda calma y franqueza díjole Pablo la verdad. Ella no contestó con palabras, pero él sintió su respuesta deslizarse a través de las puntas de sus dedos; percibió el temblor y el estremecimiento que todo eso producía en el cuerpo de ella. Pablo no la había asustado, sino que había disipado en ella el germen de un temor. Ella no quería vivir, A Pablo la verdad le embargaba y le producía una cierta desazón. Sin embargo, la cosa era sencilla, y él lo hubiera conocido sin intuición ni revelación alguna. Porque Carla era no sólo una mujer, sino un espíritu. Allá, en el mundo de Clara, ella había perdido la vida para él... no importa lo que Pablo pudiese hacer en trance semejante. Sólo aquí podía ella pertenecerle.

Otra vez penetraba ella en su corazón, leyéndole sus pensamientos.

—Es raro, pero siento ganas de cantar en estas tinieblas —dijo Carla—. ¡Yo no sabía que la ceguera fuese tan bella!

—¡Ni yo! —contestó Pablo.

Capítulo X

Unas horas gloriosas en los antros de la muerte

SE puede seguir la Gran Garganta durante un trecho después que sale del escondite, con el cual nombre es conocida una montaña situada al borde del país de los Lauréntidas. Pero, durante una milla o cosa así, únicamente una ardilla o algún otro animal provisto de garras es capaz de trepar hasta internarse en ella. Por lo menos los hombres no lo han intentado. Luego se ensancha, y, unos cien pies más abajo hay reflejos de espumosas furias que, desde lejos, lanzan débiles rugidos a través de la tierra. Por último la Garganta llega a su fin y el agua que ha recorrido la manopla de sus paredes sale fuera tranquilamente. Uno puede mirarla como algo sin vida que una vez fue agua, tan completamente ha sido batida y despedazada. Las gentes dicen que no hay cuerpo alguno que pueda atravesar la Garganta. Esto, naturalmente, debe de ser un error, puesto que los troncos y otros despojos del río no llegan a quedar completamente triturados y a veces la Garganta queda obstruida por una indigestión de cosas muertas.

Durante la noche que siguió al accidente de Pablo y al salto de Carla, los hombres desplegaron gran actividad debajo de la Garganta. Derwent no perdió tiempo en trotar hacia el Mistassini, y el resultado de ello fue la llegada de un centenar de hombres que bajaban a la Garganta, antes de medianoche. Trajeron con ellos todos los recursos de la ciencia de ingeniería y otros muchos aún que cabían emplearse. El gran charco al pie de la Garganta era un ascua de luz, y muchos hombres bajaron al río, con sus llameantes antorchas, a pie a lo largo de sus diques, y con canoas entre ellos, haciendo pesquisas para hallar algún jirón de algo que unas horas antes hubiese formado parte de Pablo o de Carla.

Lucy-Belle fue llevada enferma a casa. Pero Clara permanecía allí. Los que la vieron al brillo particular de aquella luz jamás podrán olvidar la imagen de su cara, tan bien grabada quedó en su memoria. Sus ojos azules aparecían tan extraordinariamente abiertos y centelleando, tan llenos de una oscilante llama de

zafiro, que a veces Derwent creía que era el espíritu de una diosa y no el de una mujer. Si Pablo hubiese podido verla habría conocido que al fin había vencido su temor y repugnancia por el desierto. Vino con los primeros hombres antes de que se hubiese abierto una vereda. Sus vestidos y zapatos estaban rotos, su fina piel llena de rasguños y ensangrentada. Estaba de pie y sin temor, allí donde el agua se estrellaba y refunfuñaba más reciamente, entre las paredes del charco, hasta que Derwent por dos veces tuvo que hacerla retroceder de la excesiva proximidad y peligro. Ella tomó a mal su criterio de dejar la exploración a los demás, y Derwent lo hizo sólo una vez. Una cara pálida acechando a sus muertos... he aquí lo que todos habrían de recordar. Unos llameantes ojos azules buscando ávidamente en la oscura corriente que fluía de la montaña. Una forma frágil que parecía infatigable como el acero. Una mujer, y, más aún que una mujer, un inolvidable espíritu, una visión que era, como la música trágica, para ser recordada siempre.

Sin darse por vencida en las primeras horas de la tarde, continuó buscando toda la noche. No se movía del pie de la Garganta y del charco, como si estuviese segura de que cuanto a ella le interesaba sería encontrado allí. Derwent estaba frecuentemente a su lado, y probaba de hablarle, pero los labios de Clara balbuceaban pocas palabras. Hasta que la aurora apareció de nuevo, no perdió la confianza. Entonces ésta se trocó en desesperación. Luego se fue a casa de Lucy-Belle.

—He esperado demasiado —dijo ella, y luego, de regreso con los exploradores, se extrañaba de lo que había intentado.

Si estos exploradores hubiesen podido mirar a través de las rocas habrían visto un fuego. Era la segunda noche para Pablo y Carla, en un lugar donde noche y día eran lo mismo. Pablo había encontrado un montón de troncos cabe el margen de la arena, mezclados con pinos resinosos, y una pequeña parte de su mundo quedó iluminado. Con teas encendidas exploraron las paredes y confines, hasta que el mapa de su universo quedó indeleblemente grabado en su memoria... excepto la parte de obscuridad, vasta y hueca, que se abría sobre sus cabezas, un infinito que su luz no podía medir y cuya crueldad sondeaban desde sus mismas entrañas.

Carla estaba sentada al resplandor del fuego peinando con los dedos sus largos y sedosos cabellos. Pablo la miró mientras ella los alisaba y trenzaba, poniendo en ello tanto cuidado como si estuviera en el dormitorio de su casa. Era la tercera vez que aplicaba a esto su atención, en las treinta y seis horas de sepultura. Otras veces había colocado una luz cerca del agua mientras se lavaba la cara y las manos, y una de las veces dijo a Pablo:

—Es un agua admirable, casi tan suave como la de la lluvia.

Hablaba como si hubiesen acampado junto a alguno de los ríos que a ellos les gustaban, con el firmamento encima y rodeados de flores. Era la completa adaptación de su Destino, como una felicidad que convertía en cielo lo que hubiera sido para ellos un infierno. Momentos antes se había sentado sobre la arena, a los pies de Pablo, apoyando la cabeza sobre sus rodillas, y allí había soltado su cabellera para

que él la acariciase, mientras ella acechaba y señalaba a Pablo los hermosos cuadros que se formaban con los cambiantes carbones y menudas brasas del rescoldo.

Ahora que ella estaba a poca distancia; Pablo no experimentaba ningún sentimiento de miedo o temor, mientras seguía el rítmico movimiento de los finos y blancos dedos de Carla, trenzando de nuevo sus cabellos.

Si Pablo estaba poseído de locura, era una locura hermosa, un sentimiento de un gozoso vivir, donde podía haber sido la desesperación. Primero lo que existía en él de luchador había instintivamente combatido, pero ahora plenamente lo aceptaba, hasta que viendo cómo era Carla, la muerte le parecía vaga y lejana y la aureola de la vida muy cerca. Ni uno ni otro hacían ningún esfuerzo para substraerse a la llegada de su fin, y Carla pensaba en ello como en algo hermoso, como si se tratase de un viajecito que estaban haciendo juntos alegremente. Jamás Pablo había creído tan firmemente en Dios. Sentíase gustoso de contarle a Carla que amaba su cabello más que ninguna otra de sus cualidades físicas, y ella dijo:

—Voy a dejarlo suelto y a esparcirlo de tal manera que puedas poner tu cara sobre él cuando nos acostemos... para dormir.

Era la forma en que ella hablaba de lo que iba a llegar... como un sueño. Extinguirse así, con los brazos alrededor de Carla, parecía a Pablo la fruición de un enorme gozo y privilegio, y no el triunfo de la disolución del cuerpo. Él le contaba pequeñas aventuras acerca de su madre y de las veces que habían estado en horas de sol en el cementerio indio de Brantford, donde yacía el más arrogante de sus antepasados.

—Entonces no podía comprender a mi madre, cada vez que me contaba cuán alegremente hubiera dado ella la vida, a no ser por mí, para vivir un solo año con la libertad de Molly Brant. Pero ahora lo entiendo. Sabía ella que en este único año hubiera hallado sobrada compensación por los otros años que hubiese podido vivir, exactamente como cada hora aquí representa para mí más que diez mil de las pasadas fuera de aquí.

Mientras decía estas cosas, y las creía y las sentía, había en él una voluntad de vivir que no se extinguiría completamente. Era poco más que una chispa, un ligero rescoldo próximo a apagarse, pues sus ojos, su cerebro y su razón toda le estaban diciendo que no había esperanza de encontrar un camino para salir de los muros entre los cuales estaban encerrados. Unos minutos antes, cuando Carla estaba sentada cerca de sus rodillas, percibiendo con sus dedos el calor y suavidad de sus cabellos, esta chispa se convirtió en llama. Y ésta duraba todavía, cuando Carla, cediendo al fin a su demanda, se acostó en el lecho que él le había preparado, con su chaqueta por almohada.

—Casi parece un pecado dormir dijo Carla; y si tenía sueño, él no podía ver sombra de ello en su cara. Parecía haberse levantado de la cama una hora antes, tan claros y risueños eran sus ojos, y tan brillantes de contento y felicidad cuando él la miraba. Sin embargo, poco después, sus párpados cayeron como para celar el amor

detrás de ellos, destacando su aterciopelada obscuridad contra la blancura de sus mejillas. Durante un rato, Pablo se sentó junto a ella, velándola, y a cada respiración se hacía más viva la ardorosa súplica de que algo sucediera, por la gracia de Dios, para romper los muros funestos que rodeaban a Carla.

Solo, y con la inconsciente figura de Carla prestando fe e inspiración a su pensamiento, fijó Pablo la atención, como había hecho ya una docena de veces, en el humo que subía de la leña que estaba ardiendo.

¿Adónde iba?

Horas antes se había hecho ya esta pregunta, y hasta había descubierto una ligera nubecilla de humo posarse sobre el agua, y al observar su curso la sangre le había circulado velozmente con una sensación de esperanza. Y ahora, a pesar de que sabía adónde iba, persistía la pregunta, como si dentro de su cabeza una voz, hubiese sido adiestrada a repetírselo, como si se tratase de un loro, y no fue posible hacerla callar.

Él y Carla habían amontonado una serie de troncos resinosos. Cada tronco que hallaban era aclamado por ellos como si se tratase de un tesoro, hasta que esta tarea acabó convirtiéndose en un juego. Él escogió un tronco grueso cargado de resina y lo encendió al fuego por un extremo. Después se dirigió a la obscuridad donde él y Carla habían ido ya varias veces a través de la montaña.

Cuando su antorcha se consumía, iba por otra. Carla no se había despertado, y él se hundió otra vez en las tinieblas, siguiendo el muro de roca tan de cerca que le rozaba el cuerpo, probando a cada paso de alcanzar con su vista un poco más lejos en el infernal abismo abierto sobre su cabeza. Era ese abismo donde iba a parar el humo, subiendo en espirales que se impelían una a otra, como el humo de un horno de la India. Arriba, pensaba él, debe ser aspirado por una mansa corriente de aire producida por la absorción del río y debe salir al exterior bajando con éste de la montaña. Había solamente una abertura en la pared circular de roca horriblemente negra y desgastada por el agua, y contra la cual; en épocas pretéritas, había pasado y surgido, una corriente de agua subterránea. Era aquí donde una pequeña masa de roca desprendida había formado un montón de piedras al que él se subió, mientras Carla seguía durmiendo abajo. Aquí el humo de su antorcha no subía, sino que se arremolinaba sobre su cabeza y desaparecía hacia la abertura de la montaña, a través de la cual el río se precipitaba con gran furia. Se dirigió a esta salida. Allí apareció un hoyo que sus ojos eran incapaces de medir, cuya parte superior hallábase tapada por una agitada ola de agua, y desde la cual, aunque había poco espacio donde propagarse el sonido, venía un rugir tan alarmante que se le heló la sangre al oírlo. Solo, se hubiera sumergido allí dentro. Morir luchando, lamentándose de su escaso poder contra las fuerzas que podían oponérsele, era el aguijón a que estaba rehusando someterse en su interior. Arrojó su encendida antorcha y vio que era engullida en un momento. Allí se hubiera arrojado también Pablo si Carla no hubiese estado con él.

Volvió hacia el fuego y echó en él una porción de troncos resinosos, antes de sentarse en la arena, bastante cerca de Carla para tocarla con la mano. Preguntábase si

el temor había empezado a apoderarse de él, mientras miraba aquella figura inconsciente, previendo el tormento de aquellas horas inminentes, en que la locura sería para él solo. A menos que muriesen juntos, él debía sobrevivir a Carla... para salvarla de lo que él con su mayor fuerza soportaría. Pero, ¿era él más fuerte que ella? Conoció que se asustaba cuando su pensamiento le pidió una respuesta. Porque con ello surgió una visión de Carla próxima a morir, apareciendo como de inagotable intrepidez y fe, con una plegaria en su corazón hasta el fin. Aun mientras ella dormía notó Pablo la certeza de aquella visión en la serena hermosura de su rostro. Había en éste unas sombras producidas por agotamiento, pero mitigadas por otras cosas, hasta quedar, por efecto de la misteriosa alquimia del corazón de una mujer, suavemente sumergidas en su belleza. Él se abstenía de despertarla; sin embargo, deseaba que despertase. Férreas manos tirábanle a Pablo de los pies, y por tercera vez volvió a hacer una antorcha con un tronco de pino.

Capítulo XI

Rayo de luz en las tinieblas y en los corazones

PABLO comprendió que debía permanecer quieto o despertar a Carla. La desnudez y desolación de su soledad le estaban convirtiendo en un cobarde. No un cobarde que temiese la muerte, sino uno que sentía aumentar el terror al esperarla pasivamente. Se fue otra vez al montón de piedras. Al hacerlo no obedecía a propósito alguno, fuera de que esto le ofrecía una ocasión de hacer algún ejercicio físico, y de entretener su ocio sobre la vacilante y movediza arena. La necesidad de hacer algo causábale cierto malestar, y empezó a subir al montón de rocas, como había hecho antes. Entonces había avanzado treinta o cuarenta pies sobre el pavimento de aquel calabozo, pero esta vez encontró unos repechos que le condujeron un poco más lejos, hasta que, desde el punto a que llegó, pudo mirar por encima de la combadura de la roca, en la que previamente había resguardado el fuego, y logró a su resplandor ver claramente a Carla.

Tuvo el deseo de llamarla, de sentir que su gloriosa vida formaba de nuevo parte de su propia existencia, Durmiendo, Carla, le parecía alejada de él. Balanceó su antorcha, dejando unos trazos de fuego en la oscuridad, y sus labios casi llamaban a Carla. Luego reconoció la futilidad de su gesto, y probó a ir un poco más arriba por la quebrada pared.

Si Carla hubiese despertado y vuelto la cabeza hacia él, habría visto una cosa rara y curiosa. El tronco resinoso que estaba ardiendo era un tubo de llama amarilla, iluminando a veces la espectral figura que lo sostenía, y otras flotando solo, en el nimbo del vacío de la cerrada noche, como llevado por las sombras que en color y espíritu formaban parte de la oscuridad. Hubiera podido pensar, levantándose de un sueño, que unas manos que ya no eran las de Pablo, estaban sosteniendo el tronco. Constantemente avanzaba hacia aquel antro de Aqueronte, y allí desapareció como herido por un soplo poderoso que lo extinguió en un instante, puesto que de repente reinó la más completa oscuridad allí donde hubiera luz. Luego la antorcha

reapareció tan súbitamente como se había eclipsado, y al cabo de un momento hundiéndose en el espacio. En pocos minutos Pablo llegó al sitio donde la antorcha había caído salpicando la arena, y cogiéndola de nuevo. Más que nunca su cara parecía la de un espectro. Su mejilla estaba manchada por una sangrienta herida; la camisa hecha jirones sobre su pecho. Sus ojos brillaban de una manera que hubiese alarmado a Carla.

Pablo se acercó al agua y lavóse la cara y las manos. Luego volvió al fuego y se arrodilló junto a Carla. Levantóle suavemente la cabeza entre sus brazos, y ella no se despertó. Estrechóla contra su pecho y besó su cabello.

—Carla —balbuceó.

Ella abrió los labios, sus párpados temblaron y pausadamente los abrió descorriendo el velo de sus ojos.

Al cabo de un momento miraba a Pablo, acariciando su cara. Él la estrechaba más fuertemente entre sus brazos, y su voz tenía un timbre extraño mientras le contaba lo ocurrido.

—Has dormido mucho rato —le decía Por lo menos... parecióme a mí. Y yo con una antorcha me he subido otra vez al montón de piedras. He llegado más arriba que antes... tan arriba que he encontrado un repecho y lo he seguido... y luego he entrado por una gran hendidura de la pared, y allá, al extremo..., he visto..., luz.

—¡Luz! —murmuró ella.

—Sí, luz del sol. He encontrado una salida.

Luego permanecieron en silencio. Casi sin esfuerzo, según le pareció a Pablo, soltóse Carla de sus brazos. Él conoció que algo se ausentaba de ella... para siempre. La cara de Carla estaba más pálida que la suya propia. Lo que había temido ver aparecía en los ojos de Carla... era una cosa que derribaba y aniquilaba la felicidad de que habían gozado por un tiempo. Ella, rápidamente, penetró lo que significaba aquel descubrimiento, y Pablo vio hundirse un castillo de ensueños, como uno de los fantásticos y embrollados cuadros que aparecen en la pantalla. Al juntarse de nuevo sus cien desintegradas partes, formaron la fisonomía de Clara, esperándole en el extremo del rayo de luz enviado para guiarlos de nuevo a un destino terrenal no llenado todavía, y que por un tiempo había estado a unos siglos de distancia de ellos.

Carla se puso en pie y vio a Pablo avanzar en la oscuridad, y allí, sobre el vacío espacio, sus ojos se dilataron de manera tan extraña, que Pablo no podía hacer más que mirarla y esperar que hablase.

—Una salida —dijo, al cabo de un momento, como si hablase a alguien que estuviese más allá del círculo de luz—. Dios que viene a nosotros de esta manera, volviéndonos a la libertad, a la vida. ¡Y este pequeño mundo... nuestro... desaparecido!

Pablo comprendió que pronto acudiría a sus labios lo que quería decir, lo que había decidido decirle a ella al bajar de las piedras. Fue una furia de emoción, desatándose lentamente, a través de su natural estoicismo, en un diluvio de

palabras... un apasionado deseo que se exhalaba, una amarga queja contra la vida que a él le había sido dado vivir, una determinación de torcer al fin su camino.

Antes de que ella tuviese tiempo de moverse, ya la tenía entre sus brazos.

—He pasado un infierno en este lugar —exclamó—. No porque tuviese miedo de morir, sino porque muriendo te hubiera sido dado vivir. ¡Tú dices que es Dios quien nos muestra una salida! Es de tal modo verdad como que aquí Dios te ha hecho mía. Ese mundo de arriba no significa nada para mí... teniéndote a mi lado. Ese mundo fue también un infierno para mí. Ahora voy a hacer de él un paraíso. No dejaré que las locas leyes de los hombres y las convenciones cierren el paso a lo que es justo y razonable. Tú eres mía, y yo te tendré y guardaré de una manera u otra. Afrontemos juntos el mundo, y le diremos esto... o bien partiremos de aquí sin dar a conocer nunca que vivimos. ¡He aquí explicado lo que vamos a hacer!

Carla había estrechado fuertemente a Pablo contra, su pecho, y luego de este abrazo prodújose en la cara de Carla un cambio tal, que la fiereza de los brazos de Pablo cedió, y él vio en los ojos de Carla un ídolo roto y deshecho. Su propio ideal de Carla había sido hundido por él al nivel de esta ruina. Pablo dejó que se separara un poco, y quedóse ante ella en pie, con semblante triste y contraído.

—Me sabe mal —dijo—. Veo que estás pensando que soy vil e inmundado.

—No —respondió ella rápidamente—. Más bien lo pensaría de mí.

Eso fue todo lo que ella dijo, y él no se esforzó en responderle. Las palabras eran inútiles, aun imposibles, mientras ella le miraba. Lo que él podía decir, las razones que podía alegar, los argumentos que había ideado para sí mismo y para ella, se desmoronaban bajo la tragedia que se reflejaba como una enfermedad en la pálida y hermosa cara de Carla..., una tragedia llena de súplica, de dolor, y, durante uno o dos minutos, llena de una extrema desolación, como si hubiese perdido algo que nunca más podría recobrar vio la misma mirada en sus ojos que la de la noche en que murió su madre. Entonces, esto despertó en Pablo una gran compasión. Ahora esta ternura, este ardiente deseo por una cosa perdida, conmovióle hasta el fondo de las entrañas. Vio a Carla como él siempre había imaginado que sería cuando se enamorase de un hombre. Únicamente un amor sin marca de fealdad cabría en el pecho de ella y prendería allí. El recuerdo de un amor, sus consumidas cenizas, un amor contrariado y ciego, pero puro, ella lo hubiera venerado con la sagrada fidelidad de una monja. Pero no un amor como él le había ofrecido... un hurto, aunque pudiese ser un hurto legal, cometido a otra mujer. Aun mientras percibía este opresivo sentimiento de perderla, otra emoción libertadora de su espíritu y regocijándole en su dolor, hízole estremecer. Mientras Carla estuviera con él podría adorarla eternamente. La Carla que él había pedido que se le rindiera, habría descendido del cielo al nivel de su propia bajeza. Claramente, del mismo modo que había visto su pasión y sentido la presión de sus brazos, Carla veía ahora producirse en Pablo este cambio, y poco a poco, creyéndole contento, un milagro se dibujó en su cara, y todo cuanto él había visto derribarse se levantó otra vez.

La boca de Carla volvió a dulcificarse y le sonrió.

—¿Nos iremos, Pablo?

Él asintió, luego cogió su chaqueta que había servido de almohada a Carla y sacudió de ella la arena.

—Sí. La grieta de roca está de cara al Oeste, y pienso que el sol iba a ponerse cuando la encontré. Si podemos salir antes que oscurezca, alguien puede estar bastante cerca para oírnos.

Encendió una antorcha y se fueron juntos a través de la arena. Al llegar al montón de rocas él la cogió de la mano, ayudándola y guiándola hasta que llegaron al comienzo del repecho desde donde había mirado abajo cuando ella dormía junto al fuego. Pablo le habló de esto mientras se pararon un momento para descansar.

—He visto tus cabellos formando una brillante trenza caída sobre tu pecho —dijo él—. Me has hecho pensar en una de las hadas que Clara decía que debían vivir aquí.

Era un triunfo proferir el nombre de su mujer con la calma y la seguridad con que salió de sus labios.

Carla miró el fuego en el abismo de obscuridad de debajo de ellos. La lumbre se iba extinguiendo. La mancha amarilla de su luz se iba estrechando y eclipsando.

Un suspiro subió al cuello de Carla.

—No lo olvidaremos... jamás —dijo.

—No, jamás.

—Especialmente... el pequeño fuego.

—Y tú... durmiendo junto a él —añadió Pablo.

Continuaron subiendo. El fuego estaba ya fuera del alcance de su vista. El borde se ensanchaba y torcía en otra dirección, de manera que andaban a través de un túnel abierto en la roca, donde en otro tiempo el agua se abrió paso en las profundidades subterráneas. Habían andado poco trecho cuando Pablo se paró y apagó su antorcha en la arena, hasta que su llama quedó extinguida. Después de esto vieron frente a ellos un reflejo de luz. Cuando llegaron al sitio de donde partía, miraron por una larga y estrecha hendidura que en la cima se abría oblicuamente y vieron arriba de todo la luz del día. Había que subir doscientos o trescientos metros alfombrados de rocalla, que a trechos casi obstruía el paso. Recientemente había caído cerca de ellos un montón de piedras.

—Ya se destrozó aquí mi camisa, que acabó soltándose y se fue abajo con eso. Espero que más arriba no habrá otro sitio así.

Hablar de una camisa en un momento en que se abstraían a las sombras de la muerte, resultaba estúpido y fuera de lugar.

Y la actitud inexplicable en que se mantenían, su insípida carencia de alegría, parecía aún más desesperadamente impropia. Una detonación llegó hasta ellos débilmente. Los ingenieros estaban empleando dinamita en algún sitio abajo, en el río, en su empeño por encontrar sus cuerpos. Qué espantoso debe de haber sido el drama, pensó Pablo... avanzando hacia sus amigos, con quienes estarían al poco rato,

como espíritus que volvían del otro mundo. Sin embargo, él no estaba conmovido. Había bastante luz para ver cuán terriblemente luchaba Carla para lograr hacer frente al inesperado don de la vida de ambos. Ella se esforzaba denodadamente, lo mismo que Pablo, para despertar en su alma la pura voluntad de la alegría, de aparecer felices en su liberación. Cada uno de ellos luchaba para ayudar al otro franca y abiertamente, comprendiendo que no era la vida lo que más importaba ahora, sino su fortaleza en soportarla como ellos la soportarían. Él se encontraba como si acabasen de salir de una representación teatral, y sabía que era Carla quien debía, infinitamente más que él mismo, soportar la carga.

Dejó el camino que partía del montón de piedras, por donde habían subido, ayudando a Carla en los lugares más abruptos. La abertura tenía veinte pies de ancho; era allí donde se había desprendido la roca que originó el alud, pero algo más arriba de este punto se estrechaba de tal manera que en algún trecho era escasamente más ancha que sus cuerpos, aunque invariablemente, conforme ellos avanzaban, las oblicuas paredes abríanse sobre sus cabezas, dejando pasar la luz del día. La ascensión era más dificultosa que la que habían verificado al resplandor de la antorcha, desde el fondo de la caverna, y por dos veces en el siguiente centenar de pies se vieron obligados a hacer su camino casi verticalmente por las paredes de la grieta, arrastrándose y agarrándose a los dentados salientes de la roca. Estaban a la mitad del camino cuando la hendidura se cortó, y ellos se encontraron en un amurallado pozo de veinte pies cuadrados, desde el cual un estrecho corredor de rocas continuaba hacia arriba, como la escarpada salida de una mazmorra.

Pablo respiraba profundamente por los esfuerzos que hacía, y Carla luchaba para respirar. Él pudo ver que los afilados cantos de las piedras habían herido las manos de Carla, que ella apretaba contra su seno. Su falda estaba rasgada, y por un roto de su manga se veía blancura de su brazo. Tenía la cara cubierta por el polvo de las piedras, y en sus mejillas y debajo de sus ojos aparecían unos surcos que él no había notado antes claramente. Sobre ambos proyectábase más ampliamente la luz del día. Estaban a un tiro de piedra del nivel de la tierra, y más allá se veía el vivo azul del cielo, dorado aún por el resplandor del sol poniente. Fue esta luz, que llegaba hasta ellos, lo que le hizo ver a otra Carla. La suave iluminación de la resina de pino, la aterciopelada dulzura de sus sombras, la pálida irrealidad de la primera luz del día, le habían cambiado completamente el aspecto. Ahora se le revelaba, descubriéndole el cambio que no podía ocultarse por más tiempo tras la máscara de valor de Carla. Algo había muerto en ella desde que dejaron el resinoso fuego. Las cenizas de aquél se veían en su cara, y en sus ojos la fidedigna prueba de su sentir, y Carla comprendió que él lo notaba, y valerosamente probó a sonreírle. Él deseaba cogerla entre sus brazos, y sus labios estuvieron a punto de expresar este deseo; Carla se dio cuenta también de esto, y cuando Pablo logró dominarse, una expresión de gratitud mitigó la angustia que se retrataba en el semblante de Carla.

—Me satisface que lo comprendas —dijo ella, como si Pablo hubiese hablado y

conocido lo que Carla pensaba—. Podría huir. Sería lo más fácil para mí. Podría esconderme en cualquier sitio, y siempre te recordaría y te amaría siempre. Nada puede matar estas cosas... los recuerdos... y el amor. Me satisfaría hacer eso. Sería... casi feliz. Pero debo hacer otra cosa. Debo visitar a Clara. Esto será muy penoso.

La admisión de su amor hacia Pablo estaba hecha en una forma tranquila e introspectiva, como si físicamente él ya no formara parte de ello.

Era esto y su referencia acerca de Clara lo que fortaleció en Pablo la decisión de que no se debilitara en ella nuevamente su fe en él.

Pablo se dirigió hacia el montón de piedras y comenzó a examinarlo, aconsejándole a ella que se quedara un poco atrás. Los escombros cedieron bajo sus pies y echaron a rodar hacia abajo. Antes que pudiese ir más lejos, se produjo un pequeño desprendimiento que levantó entre ellos una nube de polvo. A través de éste y cuando el desprendimiento hubo cesado, Carla siguió a Pablo. La muchacha oyó que él gritaba para que retrocediese, pero en un instante encontróse a su lado. Casi sobre ellos, tan escarpada era la subida, la grieta se estrechó media docena de pies, y aparecía tapada con piedras desprendidas y arena. Pablo lo miró con ojos sombríos y escudriñadores, e instintivamente se colocó entre ello y Carla. Otra explosión de dinamita produjo un temblor apenas perceptible a través de la tierra. A pesar de ser tan leve el movimiento, un torrente de arenas y guijas desprendióse del suspendido alud. Él cogió a Carla de a mano, y rápidamente la puso a salvo.

—Una descarga más cercana nos hubiera echado encima todo esto —dijo él—. Espera aquí hasta que descubra algo más.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Primero, subir hasta el borde de la pared y ver lo que hay al otro lado.

Así lo hizo, y a los cinco minutos volvió a juntarse con ella.

—¡Es curiosa esa serie de pequeños obstáculos que se oponen a nuestro camino! —Se esforzaba en hablar alegremente—. Al otro lado de esta masa de piedras que está a punto de caer, la grieta se ve limpia como el piso de una casa. Si no fuera por esto, en cinco minutos habríamos salido. Ya que es así, hay que arriesgarse.

—¿A qué?

—A apartar las piedras. O esto o... volver al lado de la pequeña fogata.

—Debemos proseguir dijo ella.

—Sí, debemos proseguir. Allí detrás hemos dejado un palo de cinco o seis pies de largo. Apoyándolo contra la pared creo poder quitar una de las piedras angulares y franquear la salida. No será difícil, y todo se derrumbará como una casa a la que se quitan los cimientos. Voy a conducirte un poco lejos.

—Y cuando todo esto se hunda, ¿dónde estarás tú?

—Junto a la pared de roca, tan encogido como me sea posible.

—Tú pretendes —dijo Carla, con una rápida mirada de inteligencia— coger el palo y derribar una de las piedras; pero desde el borde del muro no vas a lograrlo, porque allí no hay sitio donde sentar el pie. Tu intención es colocarte enfrente, y con

un esfuerzo echarte a un lado cuando se produzca el alud.

—Estoy seguro que lograré librarme de éste.

—Si se desploma pausadamente, sí. Pero ¿qué haré si sucede de otra manera? Vayamos juntos, Pablo. Ta vez podamos pasar por encima felizmente.

—Espera aquí hasta que tenga el palo.

—Si probamos a subir juntos no necesitamos bastón.

—Pero no podemos subir; ya lo preveo. He visto un centenar de casos así en la mina. Aun cuando parece sólido, es como el muelle del gatillo de las escopetas. Hay que arrancar una piedra y luego echar a correr. El palo me dará un empuje de unos cuantos pies.

—Pero eso puede estar más firme de lo que crees.

—El bastón lo probará. Hasta entonces tienes que quedarte aquí.

Ella le acompañó hasta la salida de la pequeña estancia, parecida a una cárcel, donde se habían metido, y escuchó sus pasos hasta que se perdió el eco de ellos. Luego subió otra vez a la cresta del montón de piedras. A unos pasos de distancia veíase el punto peligroso. Entre este punto y el lugar donde ella estaba se produjo el súbito desprendimiento, del cual tuvo Pablo que escapar rápidamente para poner a salvo su vida. Había una prominencia en la roca, allá arriba, y Carla no vio cómo él se substrajo al peligro. Volvióse para mirar atrás en la dirección por donde Pablo había ido.

La luz iba debilitándose gradualmente y las sombras del crepúsculo se extendían entre las profundas y cerradas paredes de la hendidura. Una luz brillaba en los ojos de Carla, como si desde su seno un mudo espíritu enviara un mensaje a alguien del mundo de allá arriba. Oyó los pasos de él que volvía, por los clavos de sus zapatos chocando en las rocas, y ella abrió sus labios llamándole anhelosamente por su nombre. Luego bajó corriendo por la abertura para subir a su borde más apartado. Al fin y al cabo, la espada de Damocles no estaría siempre suspendida sobre ellos. Si no lo estaba, Pablo en tal caso únicamente la reñiría. Si lo estaba...

Ella empezó a subir.

Capítulo XII

Fe, mucha fe

PABLO oyó el estrépito. Hallábase a poca distancia del lugar donde había dejado a Carla, y corrió allí, llamándola. Viendo que no contestaba la llamó de nuevo y el palo desprendióse de su mano y sonó como un hueso seco a sus pies. Saltó a través de la espesa polvareda que rápidamente se extendía, y vio el agujero obstruido hasta el borde por los escombros del alud. Carla había quedado cogida por las últimas piedras que se soltaron, cerca de la cresta de la resbaladiza salida. La parte superior de su cuerpo quedaba fuera, y cuando Pablo llegó a su lado estaba viva. Trató de decir algo mientras arrancaba las piedras, pero se había quedado sin voz. Vio los ojos de Carla que le miraban, con una expresión que iba debilitándose por momentos. Ella no exhalaba ninguna queja. Sus ojos se cerraron cuando Pablo la tomó por fin en sus brazos. Sin embargo, no estaba muerta... y Pablo iba repitiendo una y otra vez estas palabras mientras trepaba con ella hacia fuera de la grieta.

Es posible que la historia completa de Carla Haldan y Pablo jamás hubiese sido conocida, a no ser por el acontecimiento de esta noche. Parece razonable que ni Clara ni Lucy-Belle ni los demás hubieran contado lo más íntimo de sus detalles.

Un loco contó la historia. Este loco fue Pablo. Compareció a medianoche en el campo de los ingenieros. De momento no lo conocían, pues los restregones y los cortes de las piedras le habían desfigurado. Su cara era la de un hombre que ha sido tratado a puñetazo limpio. Sus vestidos estaban hechos jirones. Sus pies sangraban a través de la piel rajada de sus zapatos. En sus brazos llevaba una mujer; una mujer muerta, pensaron ellos. Hasta que Derwent hubo quitado la chaqueta que le cubría a ésta la cabeza y hombros y le vio la cara, no pudo claramente colegir que el hombre era Pablo.

Llevaron a Carla a Mistassini.

Fue conducida suavemente, pero con rapidez, en una camilla que seis hombres, formando turno, llevaron a hombros.

Pablo, a pesar de su agotamiento, se empeñó en andar a su lado, hasta acabar con su último nervio; a esto fue debido que permaneciera un día y una noche sin

conocimiento.

Cuando lo hubo recobrado, después de unas horas de tormentoso sueño, Derwent le dijo que Carla estaba gravemente herida, pero que viviría.

Clara, le dijo, había vuelto a Nueva York al lado de los suyos, a los dos días de la supuesta muerte de él. Lucy-Belle se fue con ella. Se le había comunicado que Pablo y Carla estaban vivos, y Lucy-Belle había contestado diciendo que Clara estaba muy enferma. Luego llegó un telegrama de Clara.

Derwent se lo dio a Pablo.

Soy muy feliz —decía—. Ven a mi lado tan pronto como puedas. Sólo Dios sabe cuán contenta estoy.

—A veces, casos así hacen brotar el amor en el corazón de una mujer —dijo Derwent recordando los años de soledad de Pablo.

—Sí, así es —dijo Pablo, y veía la cara de Carla a través de las palabras que Clara había escrito.

Poco después fue a ver a Carla. Pablo, que tanto se había enorgullecido del aseado y blanco hospital que construyó la compañía, ahora lo bendecía. Derwent le contó los cuidados que habían prodigado a Carla. Allí fue sometida a los rayos X, y habían hecho el extraordinario descubrimiento de que no tenía en su cuerpo ningún hueso roto. Pero algo se había producido en su espalda, puesto que de la cintura para abajo estaba parálitica. Temporalmente, creía Derwent. Sabiendo lo que Pablo hubiera dispuesto en tales circunstancias, había llamado a unos especialistas de Quebec y Montreal para que celebrasen consulta con el cuerpo médico de la Compañía.

Cuando Pablo llegó, hallábase Carla incorporada contra un montón de almohadas que la sostenía en su nevado lecho. Todo era blanco alrededor de ella, excepto el rico azabache de sus cabellos; la habitación, la cama, su bordada camisa de dormir, su cara. Vista así, con los dos lazos de seda flotando sobre sus hombros, habría podido tomársela por una niña, por una criatura, de exquisita y frágil belleza, que hubiera estado mucho tiempo enferma.

Él no esperaba encontrarla así como una flor de pétalos de lirio, a la que un soplo podía arrebatar el alma.

Se sentó a su lado, y ella dejó deslizar la mano hacia él a lo largo de la colcha. Carla estaba sumamente débil. Sus dedos ejercieron sólo una ligerísima presión sobre los de Pablo.

—Por favor, no me riñas, Pablo —le dijo tímidamente, probando de sonreír— Ya ves como yo iba bien. Si las piedras te hubiesen enterrado a ti, jamás hubiera podido arrancarte de ellas y traerte a casa. ¿Podía yo hacer eso?

Él no contestó, pero cogió su mano con tan dulce presión que una gozosa melodía de contento subió por un instante a la garganta de Carla.

—Estoy contenta. Temía que estuvieses enojado conmigo. ¡Ahora sí que voy a curarme rápidamente! Parecía difícil para ellos encontrar algo que decirse. Pablo, luchando consigo, duramente marcados en su fisonomía los rasgos de indio, se tragaba lo que quería decirle. Carla lo comprendió. Un poco más y hubiera llorado, echando a perder con su debilidad lo que ambos valerosamente se esforzaban en mantener entre ellos. Pablo le contó que los especialistas consultados y que el propio cuerpo médico del Hospital no tenían la menor duda de que muy pronto volvería a sostenerse por sus pies. Él probaba a hablar sin que su voz se alterase, pero sintió la vana pretensión de su esfuerzo cuando quiso tomarla en sus brazos y besar su pálido y dulce rostro.

Carla comprendió esto también.

Al final, cuando llegó para Pablo el momento de dejarla, le dijo ella:

—¿Cuándo vas a ir a tu casa?

—No lo sé —replicó él.

—Debe ser pronto —exclamó Carla—. Deseo que sea así. Debes partir hoy o... mañana. Sólo esto puede ponerme bien. Clara te quiere. Haz el favor... lee esto...

Carla le dio un trozo de papel amarillo, todo arrugado. Era un telegrama; estaba estrujado, como si ella hubiese estado oprimiéndolo entre sus dedos mucho rato antes que él llegase. Pablo lo alisó y leyó las palabras que su mujer había mandado a Carla. El mensaje era casi idéntico al que él había recibido, haciéndole pensar que Clara, en la fuerza de su emoción, sólo había podido hallar una idea para ambos.

Soy muy feliz —decía—. Mándame a Pablo tan pronto como puedas. Sólo Dios sabe cuán contenta estoy.

Ella tiene confianza en mí —dijo Carla—. Me pide que te mande a ella. ¡Qué privilegio es éste, Pablo, de que una mujer confíe en otra! No importa lo duramente que siento no poder ser nunca tan admirable como Clara. En el mundo no hay mujeres como ella. Clara te ama. Necesita de ti. ¿Cuándo irás?

—Tú lo has dicho... mañana.

—Sí, mañana.

Levantóse, y se quedó en pie mirándola.

—Iré —dijo—. Pero algún día vendré por ti, Carla. Tal vez no ahora, en esta vida, pero algún día. ¿Puedo continuar soñando esto?

—No es un sueño —dijo ella—. Es fe. Yo voy a cederte por una temporada; esto es todo. Algún día, en otra vida, esta prueba a que Dios nos somete te me devolverá.

Cuando Pablo desde la puerta se volvió para mirarla ella sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

Durante el tiempo que transcurrió desde su última visita a Carla y el momento de partir para su casa, procuró atemperarse. Su esfuerzo, muy noble, constituía una lucha para prepararse a ciertas preguntas que él sabía necesarias e inevitables. Mientras

volvía hacia Clara, sentíase seguro de sí mismo. Era casi una seguridad triunfante, que no dejaba en él rastro alguno de tortura espiritual ni física. Estaba ahora dominado por unos recuerdos que le hacían feliz. Era como si en alguna parte dentro de él sonara una cantinela que dijese: «Poseo una morada en la cual nadie entra más que yo, yo solo sobre un trono se asienta un recuerdo en el que se reconcentra mi vida toda». Ese recuerdo era Carla. No se esforzaba en desviarse de la verdad, o en mostrarse indiferente en la contemplación de ello. Alguien había dicho que la memoria era un paraíso del cual el Destino no podría arrojarnos. Y la morada que para sí había levantado en su corazón no podía ser nunca arrasada ni arrancada de él. Era indestructible como el alma.

Clara, en cierta manera, custodiaba la puerta. Porque se la había cerrado a ella, y no se la abriría a ella nunca, sino a sí mismo. Él no podía concebir a nadie más que a Clara en este lugar sagrado. Mucho tiempo atrás, cuando él era un muchacho, había encerrado en aquella morada la figura de un ángel de nevadas alas y cabello de oro.

Esa imagen parecía flotar en las nubes, y él recordaba que las primeras ideas que del cielo tuvo procedían de este ángel, y le sugería algunas preguntas que a su madre algunas veces se le hacía difícil contestar. La imagen había permanecido siempre grabada en su mente, y acudía a su imaginación al pensar en Clara. A Pablo le era imposible sentir contra su Destino ningún resentimiento, ni siquiera el menor deseo de cambiarlo, mientras iba hacia ella. Había mujeres raras, en cuyo seno el mundo hallaba su espiritual contento. Él sabía que Clara era una de ellas... como el ángel de su morada interior. En la vida de ambos era él quien se había mostrado inadaptable, y estaba dispuesto a reparar este defecto... si era posible.

Leyó varias veces el telegrama de Clara mientras iba hacia el Sur. Trató de leerlo entre líneas. Trató de comprender más claramente el cambio que en ella se había producido. Derwent le había contado cómo ella acechaba el agua que salía de la laguna. «Más pálida que la muerte, como si ella debiese sucumbir a menos que tú salieras con vida», le había dicho. Y, por su parte, Carla decía: «Ella te ama. Ella te quiere». Y ahora sus propias palabras en el papel amarillo que tenía en la mano, suplicándole que fuese a su lado lo más pronto posible. En su corazón sonaba un extraño canto y un triste dolor. Si ella, al fin, le amase... así. Después de tantos años de esperar, latir y penar por una mujer, deseando que compartiese su vida... y le colmase de hijos... y le brindase un hogar como lo había soñado...

Por última vez dobló el telegrama y se lo guardó en el bolsillo.

Estaba viendo las lágrimas en los ojos de Carla.

Capítulo XIII

Una entrevista original

PABLO había dicho solamente a Clara que se dirigía hacia ella. En la estación, una cara que le era familiar emergió de entre la tumultuosa corriente de humanidad para ir a saludarle. Era Jimmy Ennerdale, cuya presencia le infundía siempre mayor ánimo que la de otro cualquier hombre. Hacía mucho tiempo que conocía a Ennerdale, y Clara había crecido junto a él como una hermana. Jimmy había parecido siempre más viejo que Pablo, con unas canas prematuras y su delgado y sensible cuerpo ligeramente encorvado. Su afecto por Pablo tenía la invariable cualidad del mármol en el que lenta y continuamente estaba cincelandó su fama de escultor. Estuvo trabajando en Occidente, y hacía un año que Pablo no lo había visto. Parecióle a éste que Ennerdale había envejecido en este tiempo. Su cara era algo más delgada, sus cabellos más blancos sobre las sienes, su temple físico menos robusto aún que la última vez que lo había visto. Conservaba la misma agilidad..., viveza y nerviosismo, y a Pablo complacióle ver la alegría de su semblante al darse las manos. Comprendió que Clara, no pudiendo venir ella misma, le había mandado a Jimmy en su lugar.

—Parece una criatura al aguardar tu llegada —le dijo Ennerdale mientras eran conducidos a casa—. Anoche estuve allí con mi madre, y ella me pidió que viniera a recibirte. Ríe y llora, y es atrozmente feliz. Si no te sabe mal, quisiera ir cuando los dos estéis más sosegados, y me dirás algo de este monstruoso acontecimiento. ¿Puedo ir?

—Ya sabes que no necesitas invitación —dijo Pablo—. Ven mañana.

Él tuvo un raro presentimiento cuando dejó a Ennerdale y entró en su casa convencido de que algo iba a suceder. Experimentaba cierta inquietud, provocada por la inminencia de las explicaciones que Clara tenía derecho a oír, y él debía darle. Sería penoso hablar de Carla, como era deber suyo, aunque Clara, por discreción, no le preguntase nada.

Ésta estaba aguardándole en su cuarto. Tal acto de prudencia le satisfizo. Ella comprendió que en un momento tan delicado y embarazoso debían estar solos. Ambos eran sensibles, sintiéndose algo temerosos de lo que uno u otro pudiese

revelar en su primer saludo. Estaba pensando en esto cuando se acercaba a ella. Al cerrarse tras él la puerta, su primera impresión fue la de encontrarse en una estancia llena de flores. A Clara, como a Carla, le gustaban. El ambiente estaba delicadamente perfumado por su fragancia. Clara hallábase inclinada sobre un montón de rosas blancas cuando él entró, y desde allí levantó rápidamente la vista, y se dirigió hacia él extendiendo ambas manos. Aunque no le abrazó ni le ofreció sus labios, jamás él había visto brillar en sus ojos una expresión tal de felicidad.

Él hizo un movimiento para besarla, pero ella se echó hacia atrás de tal manera que apenas pareció que le rechazase.

—Ahora no, Pablo, sino hasta que hayamos hablado. Después, si quieres besarme, puedes hacerlo.

Clara estaba absolutamente desprovista de la tensión nerviosa que él supuso, y mientras de pie a su lado le estrechaba calurosamente los dedos entre los suyos, diciéndole cuánto se alegraba de que estuviese vivo, y cuán absolutamente infeliz hubiera sido si no hubiese vuelto con vida a ella, Pablo dudaba si era Clara, su mujer, quien le estaba hablando, o bien era otra Clara... alguien a quien él no había nunca conocido. Porque, de repente, parecía haberse colocado más lejos de él de lo que antes estuviera, pero en una forma tan dulce y amistosa, que el cambio en ella parecía que no podía traer consecuencias. La parte más dura del combate correspondía a Clara. Era preciso revestirse de un ánimo heroico para decir lo que se había propuesto.

Clara hizo sentar a Pablo cerca de ella, de manera que se hallaban uno enfrente de otro.

—Pablo, vamos a ser veraces. ¿Me prometes serlo?

Él comprendió que iba a hablarle en términos, ambiguos, mientras le daba su palabra. Para ahorrarle a Clara un disgusto, una mentira era preferible a la verdad. El deseo de preservar a su esposa de este peligro, alejando toda sospecha de su amor por Carla, le asaltó al mirarla. Ella era como las flores de encima de la mesa, tan fácilmente aniquilable, pensaba él. Más vívidamente que nunca vio Pablo la diferencia entre ella y Carla. Ésta hubiera luchado contra todo, aun contra la muerte. Clara, sufriendo más, se hubiera desalentado y marchitado como los pétalos de una rosa, renunciando al menor esfuerzo físico que la otra hubiera encontrado muy a su gusto. Él no iba a analizarse a sí mismo ni a ella. La idea, como un cuadro, se grabó en su espíritu, y Clara, mirándole en estos épicos momentos de introspección, como si en parte contemplara las rápidas visiones de su mente, le sorprendió diciendo:

—Pablo, yo no sé si conoces la estima y el respeto que me mereces. No sé si te das cuenta de lo delicado que eres. Yo he faltado al desempeñar mi papel... de esposa. No te he dado a conocer estas cosas como debía. La falta en nuestra vida no es tuya, sino mía. Yo creo que hubiera podido lograr que tú me amases. Sin embargo, eso no hubiese resultado equitativo, a menos de amarte yo primero. He esperado y rogado porque así fuera.

La obscuridad produciéndose en pleno día no hubiera resultado más inesperada que lo que ella acababa de decir. ¡Celebrar la integridad, la honorabilidad de Pablo, después de lo que había sucedido! Y confesar, al mismo tiempo, que había luchado y aun rogado para que pudiese amarle. ¿Y con qué resultado?

Ella se lo iba a contar. Le había descornado una cortina y no podía correrla de nuevo, hasta que él viera lo que había detrás. Clara y Pablo estaban en calidad de testigos. El hecho parecía dudoso e increíble, pero se imponía a él. Apenas si había logrado explicárselo, cuando Clara habló de nuevo.

—Cuando nos casamos no hubo amor por parte de ninguno. Tú no me amabas, en el sentido en que necesitabas amar a una mujer, y mis sentimientos por ti eran de respeto y admiración por un noble caballero. Resulta vulgar y superficial decir que el interés de nuestras familias nos juntó, ¿verdad? Pero así fue. Yo quería amarte, pero descubrí... al poco tiempo..., que algo se cruzaba en mi camino.

—Ya comprendo —se le escapó decir a él—. Tú no podías amar a un animal, Clara. Yo fui eso hasta el día que viniste al Mistassini. Siempre los bosques, entre los lugares salvajes, entre las cosas que a ti no te gustaban. Éramos dos polos opuestos... tu Septentrión y mi Índico, que se repelían uno a otro. Yo voy a ahogar la parte que hay en mí de ese costado. He sido ciego y bruto. ¡Dios sabe que no valgo sino la mitad que tú!

—¿Y Carla?

Tan suavemente pronunció su esposa el nombre de la, que por un momento parecía como si él no lo hubiese oído.

—Nos hemos prometido decirnos la verdad —continuó ella— ¿Recuerdas una carta que te escribí desde París en que decía que iba a dirigirme hacia ti, y que estaba cierta de que en tus bosques acontecería algo más importante para nosotros que lo que un viaje, como el que me ofrecías realizar alrededor del mundo, podía proporcionarnos?

—Sí, la recuerdo.

—¿Comprendes... ahora... por qué te dije esto?

—Estoy maravillado.

—Era porque ya había visto, había leído entre líneas, en tus cartas, porque había comprendido, al fin, que un gran amor se había adueñado de ti. Tú no me amas. Tú amas a Carla. Y, amándola a ella, lo sacrificarías todo por mi causa.

El castillo de mentiras de Pablo se había venido abajo, su alma yacía al descubierto bajo la escrutadora mirada de los ojos de su mujer.

—Quiero oírlo de ti, Pablo. —Ella estaba repitiendo las palabras que Carla le susurró en la obscuridad de la tierra—. Por esto fui allí a verte. Una mujer puede, ocultar a un hombre su amor, pero no puede ocultárselo a otra mujer, y era imposible para Carla ocultarme su secreto. El tuyo estaba todavía más al descubierto, aunque yo te vi luchar magníficamente para disimularlo. Lo sé, Pablo. Pero deseo oírlo de tus labios. Quiero, oírlo. ¿Amas a Carla Haldan?

—Una palabra, y el mundo se abre a nuestros pies —dijo él—. Otra palabra, y seguirá viviendo. ¿Necesitas insistir, Clara?

—Necesito oír que tú lo digas. ¿Amas a... Carla?

—Sí, la amo.

—¿Más que a otra mujer en el mundo?

—Sólo podría amar así a una mujer.

Pablo tenía conciencia de haber dado un golpe, mortal, de haber causado una herida que, antes que inferida a Clara, hubiera preferido morir. Se sintió arrastrado a ello, a despecho de su decisión, y aguardaba para su castigo sus efectos sobre Clara. Ella no pestañeó. Una brillante luz iluminó su semblante y profirió un grito desalentado, articulado a medias, pero no de contrariedad o de dolor, sino de gozo. Vio Pablo que la sangre acudía a sus mejillas, que de su cuerpo desaparecía la tensión, y ambos permanecieron sentados un rato en silencio y sin hacer ningún esfuerzo para hablar.

Luego él dijo:

—Creía que te había lastimado. ¡Y estás contenta!

—Sí, estoy contenta. Doy gracias a Dios de que ames a Carla.

Ella se levantó, y cogió una carta de encima de la mesa. Al dársela se esforzaba para no llorar.

—Quiero que la leas y que vuelvas luego —dijo ella—. Esta noche, si quieres, Pablo. Ahora no tengo ánimo para hablarte. Lo comprenderás cuando la abras, a solas.

Cuando dejó a su mujer parecióle que no salía de su propia casa. Nada parecía igual. Hasta el ruido de la ciudad se le antojaba un amortiguado y lejano barullo, como un eco del eterno rugir que había oído en las entrañas de la tierra. Se fue al edificio Kirke-Durand y perdióse entre la riada de gente que subía por los ascensores. En uno de los pisos había una oficina, siempre dispuesta para él. Entró en ella y cerró con llave la puerta.

Abrió la carta. Comprendía muchas páginas, cuidadosamente escritas de puño y letra de Clara. Con el más infantil candor empezaba por contarle la lucha de una mujer para triunfar de sí misma. No había en ella nada de vanidad o de presunción, como tampoco delataba timidez ni humildad en lo que refería acerca de él. Como una indestructible fragancia respiraba la seguridad de la fe que Clara tenía en sí misma. Sin emocionante esfuerzo le contaba que si Carla no se hubiese cruzado en su vida, jamás le hubiera dado a conocer lo que iba a revelar. No había en el mundo hombre más digno que él del amor de una mujer, decía ella... Sin embargo, desde los comienzos, Clara se había sentido incapaz de sellar su respeto y admiración con otro don mayor que ella hubiese podido otorgar. Ésta era la razón por la que, rechazando la idea de que Pablo se interesara grandemente por ella, ya que no podía amarle, se había alejado tanto de él. Había otra razón, pero ésta no le fue revelada hasta que hubo leído muchas páginas, cada una de las cuales le permitía leer más

profundamente en el corazón de Clara, y mostraba más y más a Pablo el orgullo que ella sentía por haber sido su mujer. Pero el orgullo no era ni podía ser nunca amor. La pasión de cada uno de ellos, en su más pura forma, estaba movida por una fuerza singular. Uno podía oponerse a ella, contenerla, pero matarla era imposible. Tal era el amor hacia Carla por parte de él. Luego Clara hablaba de otro hombre. Era de Jimmy Ennerdale, el escultor, que tan resueltamente iba camino del éxito. Durante su niñez, Clara había acogido a Jimmy casi como a un hermano; pero muy pronto, después de casarse, mostróse a ella la verdad, decía la carta, y aquélla se había hecho más patente de año en año. Ella se interesaba por Ennerdale exactamente como Carla se interesaba por él. Era Pablo quien podía haber sido su hermano, tal era la franqueza y sencillo desembarazo con que se confiaba a él. Clara conocía que Ennerdale la amaba, y repetía que un hombre no puede ocultar esto a una mujer, aunque él no se lo haya dicho con palabras, y estaba segura de que Jimmy no tenía la menor sospecha de la pasión que ella sentía. Este amor por Jimmy era la otra razón, la más viva de las dos, que la había mantenido alejada de Pablo. No era, según ella, una situación en que ambos tuvieran necesidad de excusarse mutuamente. Ellos iban a imprimir rumbos distintos a sus vidas, esto era todo. A ella le gustaba el trabajo de Jimmy, y quería tomar parte en él. Nunca había considerado que esto fuera posible, no había pensado en ello en la forma de ahora, hasta el momento que conoció que él amaba a Carla.

Pablo terminó la carta, y parecióle como si en su cerebro fuesen cayendo finas gotas de lluvia, mientras claramente podía percibir las palpitaciones de su pulso: Durante unos instantes el barullo de la vida llegó a sus oídos como una ola lejana. Luego sonó más cerca con el estrépito de la puerta de un ascensor. Voces confusas, resonaron abajo en el vestíbulo, Desde otra calle un ruido de piedras y martillazos de los obreros que remachaban sobre acero nuevo, se elevaba por encima del rumor y el estruendo del tráfico. Pablo miró por la ventana, como si fuese a ver la mina, desde la cual día y noche, durante tres años, había llegado hasta él el mismo sonido. Sus ojos tropezaron con unas sombrías y mohosas paredes. Debajo de él había una interminable fábrica, llena de hombres atareados, un gran mar de tejados sembrados de alambres, todos desiguales, con feas verrugas arquitectónicas, cortados por chimeneas, regados por embreados arroyos, y con las anhelantes y giratorias bocas de los tubos de los ventiladores absorbiendo el aire hacia sus pulmones artificiales. Miró abajo y vio un millar de cosas en movimiento, formando un río, como hormigas, cada presurosa partícula con un alma humana luchando con el furioso empuje del siglo xx, para hacerse cada uno mayor que Dios. Clara le había librado de todo esto. Le ofrecía una nueva vida, y con ella el amor y la felicidad. Estrechó la carta entre sus dedos, como si un caprichoso soplo pudiese arrebatarse sus preciosas páginas.

Luego se fue al teléfono. Le era imposible aguardar. Quería decirle a su esposa que en el mundo había otra mujer tan admirable como Carla. Cuando le dijo esto la voz de Clara vibró con un acento de felicidad.

—¡Querido Pablo! —gritóle ella dulcemente—. Pero tú no debes venir aquí hasta

el atardecer. Tengo algo que hacer antes de verte de nuevo.

Aquella noche, cuando Pablo se fue a su casa; Clara no estaba allí. Había dejado un billete para él.

He ido a ver a Carla —decía—. Sólo una mujer puede lograr que otra mujer... como Carla... lo comprenda».

Capítulo XIV

El final que es el principio

Y ahora nos hallamos en el sitio por donde debimos empezar, con la amable Tullida Señora en su porche de Peribonka.

Llevaba ya un año en Peribonka cuando empezamos a contar esta historia. Había pasado un invierno, otra primavera, un verano, y ahora empezaba el hermoso septiembre. Septiembre es el más hermoso de todos los meses en el país del lago San Juan. Posee el aire una suavidad que no se percibe en ningún otro tiempo, notase un sople de los bosques maduros, y reina entre tierra y agua un grato ambiente y armonía que es como un canto. El gran río cruza la carretera, debajo del verde parterre de los jardines de la Tullida Señora, y es ahora más apacible. Su corriente brilla de contento. Sus nevados bancos de arena poseen una suave blancura que les presta casi la pureza del pecho de una mujer. Parece clamar por el compañerismo de hombres y mujeres y niños y de todas las otras cosas vivientes. Los pájaros, descendiendo a miles del Norte lejano, detienen su vuelo para descansar allí hasta las primeras heladas. Los osos, engordados por sus veraniegos festines de bayas, gustan de jugar y tomar el sol a lo largo de sus arenas. El ruido cesa en estos índicos días de verano del Norte, y el cabrilleo de sus aguas es como el sonido de las plateadas campanas... campanas de estaño del monasterio, como la amable Tullida Señora les dice a los niños que vienen a verla, y a quienes cuenta tantas hermosas historias.

Han sobrevenido algunos cambios desde que fue trasladada del hospital al lugar, cerca de su madre, donde ella desea vivir. La mina ya no es una mina, sino una poderosa central de energía que esparce su corriente en interminables redes a través de alambres de alta tensión El Mistassini puede rugir y aullar y regañar; pero es un esclavo perfectamente encadenado, y probablemente continuará siempre trabajando para sus dueños. Este cambio o desarrollo era esperado, previsto por los expertos, casi al día y hora. No así los otros. El mundo, por ejemplo, tomando una pequeña parte de ello por el todo, no podía explicarse que un hombre como Pablo Kirke renunciara deliberadamente al alto prestigio y riqueza labrados por los éxitos de su padre, y, según cuenta la historia, redujera sus personales posesiones a un cofre y un

maletín. Podía comprender con perfecta facilidad que un marido y una mujer pusieran fin a sus relaciones matrimoniales, pero sentíase perplejo e indignado de que una mujer como Clara Kirke se entregara, poco después, a un hombre de hombros caídos, prematuramente envejecido, y que no poseía nada en la tierra más que una pasión admirable para trasladar las cosas al mármol.

Hay una porción de individuos que, tomados colectivamente, son como un gordo y embobado aldeano —decía Clara en una carta a Carla—. Se divierten un poco, y luego vuelven al estado normal».

Esto era cabalmente antes de ir al Oeste a juntarse con Jimmy Ennerdale y ayudarle en su trabajo para completar un grupo en mármol destinado a un importante centro.

Luego que estuvo allí, escribió a Carla:

Es magnífico. Cuando esté terminado nos iremos a pasar un año en Capri, donde trabajaremos juntos.

Capri, el Mediterráneo... el país habitado del lago San Juan...

Aquí es delicioso —contestóle Carla—. ¡Me gusta septiembre!».

.....

Carla está siempre sentada en su porche, de modo que va mirando al río hacia el Norte. Pablo está allí, terminando parte de lo que constituye un sueño que absorbe a ambos. Treinta millas más lejos de los verdes y negro azulados bordes del desierto que ella puede ver, Pablo posee un bosque y quince hombres trabajan con él. Pero estos quince hombres y todo lo que tiene proyectado hacer allí representan para Pablo y Carla más que todos los millones del mundo.

«No es necesario despedazar a la Naturaleza ni aun dañarla para obtener algunos de sus frutos dice Pablo en un escrito que está redactando para un periódico destinado a los leñadores. Se puede poseer un monte, y lograr que un bosque mejore cada año en vez de que se desmejore. La Naturaleza debe fraternizar con nosotros, y así lo hace cuando cesamos de saquearla como vándalos».

El año próximo, los quince hombres serán aumentados hasta cincuenta, pero ahora hay que preparar los campos, y los bosques no rinden sino el producto indispensable para cubrir los gastos del trabajo. Pablo trabaja con su hacha, de la

mañana a la noche, como los demás.

Todos los viernes regresa, río abajo, al lado de Carla.

Y cada día le manda sus mensajes.

He aquí de qué modo sucede. Al descender el río Peribonka entre sus bancos de arena, da una vuelta a la cabeza de una isla no muy distante del pueblo, y, trazando una graciosa y rápida curva, forma, cerca de la casa de Carla, una gran faltriguera, que suele retener e interceptar numerosos desechos que arrastra la corriente. Estos desechos, formados de leños, son llevados a sus casas por los niños del pueblo, y ahora, cada vez que encuentran un tronco o bastón, descortezado en fresco, buscan en él las señales que delaten un mensaje de Pablo. Es un juego interesante, así para Carla como para los niños. El río parece gozarse también en ello, pues en un mes trajo a Carla cinco del centenar de mensajes o cosa así que Pablo había confiado a su cuidado, prueba manifiesta de su inusitada simpatía y cooperación. Por lo menos, Pablo y Carla lo pensaban así.

El viernes es el día en que Carla está más encantadora. Alena, la mujer sueca que cuida de la casa, está en este día muy atareada, y ambas, ella y la dueña, a quien adora, andan anhelosamente preparándose y esperando desde que sale el sol. Por la mañana, Carla pone más cuidado en el vestir y especialmente en su hermoso cabello, del que Pablo no se cansa nunca de decirle que es su mejor posesión. Ella sabe cuándo la lancha de gasolina de Pablo aparecerá al extremo de la milla del canal que hay sobre el pueblo, al caer de la tarde; pero ella está en el porche, vigilando el río, muchas horas antes. Cuando la lancha aparece a su vista, Carla permanece allí hasta estar segura de que Pablo la ha visto, y entonces Alena la conduce a la casita. Allí le espera, Pablo tiene una tan furiosa manera de estrecharla en sus brazos, como si fuera ella una niña, y de cogerla allí, ahogándola a besos, que es aquél el único lugar posible.

Carla conoce que se está poniendo buena y fuerte. Su actitud mental, su seguridad y optimismo, junto con su gran felicidad, han sobrepasado las esperanzas de los médicos. Ya empieza a sostenerse un poco en pie, con los brazos de Pablo en derredor, y los dos preciosos días que pasan juntos por semana están llenos de maravillosos planes acerca de lo que ella hará el año próximo, Donde sea que Pablo esté, ella estará también. Éste es el punto del que siempre parten ellos al trazar sus proyectos.

Ni una sombra empaña su felicidad porque Carla no pueda andar. Pablo la hace rodar por todo el pueblo sentada en su silla, y en sus visitas no echan en olvido ni una choza. Van hasta la pequeña, pintoresca y vieja fábrica de queso, y de debajo de la colina hasta el muelle, cada día más viejo, donde entra el bote que cruza el lago. El doctor Derwent, que está en el Mistassini, ha permitido que Carla vaya dos veces hasta el Monasterio, en la lancha de Pablo, y si en octubre hace buen tiempo, hará el primer viaje a su concesión durante aquel mes. Pablo la conduce en su coche a los blandos y arenosos caminos de las llanuras de bayas, y luego la lleva en brazos a un

lugar donde ella pueda ayudarle a coger frutas para su comida del domingo.

Él nunca se cansará de llevarla así, dice Pablo, aun cuando ella vuelva a estar fuerte.

Con ellos Peribonka ha aumentado en felicidad. Hasta María Capdelaine es más joven, y Samuel ha olvidado sus pérdidas financieras.

Por esto Carla escribía a Clara:

Esto de aquí es delicioso. Me gusta septiembre.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] Carreras de caballos con pequeños trineos que se efectúan en los Estados Unidos.

<<

[2] Casa de campo, en las Indias inglesas. <<

[3] *Hebe*: En la mitología griega, era la personificación de la juventud, descrita como hija de Zeus y Hera. Según la *Ilíada*, Hebe era la ayudante de los dioses: llenaba sus copas con néctar, ayuda a Hera a enganchar los caballos a su carro y bañaba y vestía a su hermano Ares. Según la *Odisea*, se casó con Heracles tras la apoteosis de éste, siendo sustituida en sus labores por el joven príncipe troyano Ganimedes. Sin embargo, tradiciones posteriores contaban que había sido madre con él de dos hijos, Alexiars y Aniceto.

Era una divinidad con el poder de rejuvenecer a los ancianos, como hizo en una ocasión con Yolao por un día cuando éste iba a luchar con Euristeo, o de envejecer a los niños, como hizo con los hijos de Alcmeón, para que pudiesen vengar su muerte en manos de los hermanos de su primera esposa: Arsíone. (*N. del Ed.*) <<

[4] *Micomición*: Reino fabuloso inventado por Cervantes en su novela *Don Quijote de la Mancha*. De él procedía la princesa *Micomicona*, protagonista de algunas aventuras con el ingenioso hidalgo. (N. del Ed.) <<

[5] *Estentor*: En la mitología griega, Esténtor era uno de los heraldos de las tropas aqueas durante la Guerra de Troya. Es mencionado por Homero en un único pasaje de la *Ilíada*. En ese verso se cuenta como Hera tomó la forma de Esténtor para alentar a los griegos en la batalla. (N. del Ed.) <<